Hueso de Sus huesos

con Él juntamente crucificados

F.J. HUEGEL

Hueso de Sus huesos

F.J. HUEGEL

CENTROS DE LITERATURA CRISTIANA

EDICIÓN 2.008

INDICE

Prólogo.

1. La vida cristiana: Una participación no una imitación

2. Participantes de la cruz La muerte de Cristo, nuestra muerte.

3. Participantes de la cruz- La muerte de Cristo, nuestra muerte (Continuación)

4 Pablo, el mayor exponente de la co-crucifixión.

5. Participantes de la resurrección de Cristo

6. La ascensión de Cristo, nuestra ascensión...

7 La victoria de Cristo, nuestra victoria...

8 La victoria de Cristo, nuestra victoria (continuación)

9 Los sufrimientos de Cristo, nuestros sufrimientos...

10 La aparición de Cristo, nuestra aparición

11. Un caso típico.

12 La influencia de esta posición sobre la Iglesia, las misiones y la oración

RECONOCIMIENTO

Me es muy honroso escribir estas líneas como un sencillo homenaje a la memoria del Dr. Federico Huegel (1889-1980), el "decano de misioneros para América Latina", quien ministro a través de repetidos e incansables viajes a Argentina, Colombia, Cuba, México muchos países, siempre con un solo mensaje: la maravilla del Mensaje de la Cruz.

En 1957, fue invitado al Instituto Bíblico Rio Grande (IBRG) de Edimburgo en Texas. Yo había oído de él y de su libro Hueso de Sus huesos, en mi juventud en Canadá. Después del primer mensaje me presente y le di las gracias por su predicación poderosa: platicamos unos momentos y sorpresivamente me dijo: "Siempre pido a Dios por un compañero de oración, ¿quieres serlo tú?". Honrado y sorprendido dije Sí. Así empezó nuestra amistad y su relación con el IBRG que duro muchos años Regresó nueve veces a dar conferencias sobre la vida victoriosa en Cristo y fue allí donde conocí su gran corazón para Dios Tan poderosa era la influencia del mensaje que decíamos después de su salida: "Prevalece un nuevo ambiente, la fragancia de Jesús".

En mis clases de Vida Espiritual a varios miles de misioneros y futuros líderes latinos puse como requisito leer este libro y escribir una reseña. Puesto que sale a la luz de nuevo, miles leerán en español una presentación sin par de nuestra unión con Cristo.

El ultimo privilegio y honor que Dios me dio fue cuando en su última visita el Dr. Huegel me dijo: “Tú puedes ser mi Timoteo”. En mis viajes al mencionar el nombre de F.J. Huegel, las caras resplandecen de alegría y puedo ver el gran impacto que su vida y escritos han causado en ellos ¡Solo a Dios sea dada la gloria!

F. J. Huegel llegó a México (Aguascalientes) en los turbulentos años 20 del siglo pasado, y sirvió como profesor en el Seminario Unido San Luis Potosí y en el DF, donde fue además capellán de los bomberos. Se dedica a escribir la carga de su corazón: 15 libros en inglés y 13 en español, sobre temas afines la victoria en Cristo, la oración y la vida abundante en Jesús.

Dr. G. Ernest Johnson
Presidente Emérito
Instituto Bíblico Rio Grande,
Pittsburg Texas

Prólogo del autor

Una cosa es indispensable para el misionero, si tiene que ir adelante frente a los obstáculos al parecer insuperables que le rodean, al introducir un nuevo día para las almas esclavizadas. Si ha de realizar lo que Dios y la iglesia esperan de él y los corazones quebrantados requieren de quien ha venido como embajador de la luz, es necesario que se apropie del siempre profundo y pleno poder de Cristo. Debe estar unido al Cristo conquistador, mediante el cual sus discípulos, a través de los siglos, han realizado imposibles. Debe ir más allá de un mero conocimiento intelectual del Cristo histórico y entretejer así las raíces de su naturaleza espiritual en ese Eterno Jesús que imparte la vida divina.

La tarea que está tratando de llevar a cabo requiere de fuerzas sobrehumanas. Lo meramente humano, por noble, fuerte y bien educado que sea, es tan insuficiente, e inadecuado como lo sería un puñado de carbones encendidos para deshacer un iceberg ártico. Debe trascender de lo puramente natural para sumergirse en lo sobrenatural. Tiene que experimentar el poder del Cristo que vive en nosotros y despojarse de su propia vida para venir a ser poseedor de una más plena abundancia de la naturaleza divina.

Solamente "los ríos de agua viva" fluyendo en su interior como prometió el Salvador a los suyos, pueden hacer posible su renovación de vida, desde el estado en que se encuentra.

Puede ser que, por temperamento, no se halle predispuesto a trazar su camino por tales alturas de la fe. Puede que sienta incluso una gran aversión a los elementos místicos del cristianismo. Puede que la fuerza de las circunstancias que le rodean como poderosa marea, rompa las amarras que le sujetan intelectualmente a las verdades del evangelio, pero esto no ocurrirá si está anclado en las profundidades de una experiencia vital de la gracia redentora. A menos que Cristo venga a ser para él más real que cualesquiera otras realidades, incluyendo las del universo físico, y a menos que aprenda a asirse de Cristo y sumergir su propio ser en El para salir del pantano de su propia voluntad a la vida divina de Dios, a menos que viva inundado del poder que cayó sobre los apóstoles, por la misma naturaleza de las circunstancias en que está envuelto, se halla condenado a la derrota. La fuerza del mal que quisiera vencer se opondrá a su propósito y desdeñará sus esfuerzos y su mensaje tal como el poderoso Peñón de Gibraltar permanece impasible frente a las olas del mar.

Los próximos capítulos son simplemente un bosquejo de la posición a la cual fui llevado como misionero de la cruz. Mi deseo es compartir con cristianos de todos los países y denominaciones compartir aquellas benditas experiencias del vivir en Cristo, aquellos inconmensurables tesoros que quizás por alcanzar una más profunda participación en el Cristo Divino, han venido a ser míos, Deseo hacer propiedad común de la iglesia aquellas inefables experiencias fruto de la unidad con Cristo, aquel Cristo sin el cual el misionero, a causa de la peculiar situación en que se encuentra, más que ningún otro cristiano, nada puede hacer.

No puedo publicar estos mensajes sin reconocer la gran deuda de gratitud que tengo con la finada Sra. Penn-Lewis, cuyos escritos acerca de "Los más profundos aspectos de la Cruz" con su tenaz insistencia en la identificación del creyente con Cristo en su muerte resurrección, han significado tanto para la iglesia en estos últimos años. Dios usó grandemente esos escritos para traerme a la victoriosa posición en Cristo, que trataré de explicar.

Con la esperanza y oración de que sea concedida a mis amables lectores la gracia de realizar en su propia experiencia esta más profunda unión con Cristo, a fin de que su gozo pueda ser aquel gozo "inefable y glorificado" de que habla el apóstol Pedro, y su paz aquella "paz que sobrepuja todo entendimiento", y que su vida sea la "vida abundante" y eterna que fluye del trono de Dios, pongo humildemente estos escritos sobre el altar de Mi Señor, para que Él se digne usarlos para la edificación de "los santos" y la gloria de su nombre.

E J. Huegel

Ciudad de México (México)

CAPÍTULO 1

La vida cristiana: Una participación, no una imitación

No se puede hacer un estudio del Nuevo Testamento sin experimentar algo de shock, al ver la notable diferencia entre la vida cristiana que estamos acostumbrados a vivir y el ideal del Maestro. Las incongruencias y contradicciones lamentables son tan dolorosamente evidentes, que aún aquellos que sólo tienen un conocimiento superficial de la Palabra del Salvador se sienten conmocionados. La poca fe que puedan tener se ve fuertemente sacudida.

Cuando uno compara la vida cristiana establecida por los apóstoles con la que tenemos hoy en día, no puede menos que estremecerse. Es como si comparáramos el cuerpo moribundo de un amigo con su figura y apariencia en los días más saludables de su juventud.

No es mi propósito hacer pedazos el cristiano moderno. No tengo luchas con la iglesia. No pretendo tampoco hacer el papel de un iconoclasta. Por espacio de diez años he sido misionero de la cruz, v no tengo planes de desertar de mi posición. Mi único propósito al llamar la Atención a nuestro fracaso como cristianos, es señalar el camino hacia la vida victoriosa en Cristo para aquellos que están conscientes de su pobreza espiritual y que tienen "hambre y sed de justicia".

Este libro es para el cristiano que se halla al borde de la desesperación, al ver la grotesca figura en que se ha convertido el cristianismo de hoy, para el que anhela fervientemente reflejar la imagen del Maestro. Para estos hermanos tengo un mensaje. Para aquel que está sediento del agua de vida, y cuya sed le consume. A él deseo revelarle el secreto de la vida abundante, la vida de la cual Jesús habló cuando dijo que "ríos de agua viva" correrían del interior de aquellos que creyeron El.

Es para el hermano que está cansado de simulaciones e hipocresías, que se ha convertido en un creyente lleno de pesadas cargas, y siente que, como cristianos, deberíamos estar libres del poder del pecado. A este hijo de Dios deseo dar el maravilloso mensaje de la cruz. Es para aquellos que están aplastados por un sentimiento de fracaso, y que desean el poder de lo Alto: los que anhelan que su vida y servicio sean como baterías eléctricas recargadas con el Espíritu del Dios viviente. A los tales siento que debo ministrarles una palabra que no cese de anunciar las maravillosas implicaciones de vivir una vida cristiana.

Pero primero debemos resumir brevemente los requisitos de la vida cristiana, antes de entrar a la declaración de mi tesis. Hemos de andar como Cristo anduvo (1ª Juan 2:6); debemos amar a nuestros enemigos (Mateo 5:44); perdonar como Jesús perdonó, como El lo

hizo cuando estaba en medio de la vergüenza y angustia de la cruz, mirando a aquellos que le injuriaban, contemplando a los que le asesinaban, y perdonándolos (Colosenses 3:13); ser amables con aquellos que nos odian y nos persiguen, y orar fielmente por ellos (Mateo 5:44): ser más que vencedores (Romanos 8:37); dar gracias a Dios en todo, creyendo que todas las cosas, aun aquellas que marchitan nuestras más doradas esperanzas, obran para nuestro bien (Romanos 8:28, Efesios 5:20); no debemos estar afanosos por nada, sino hacer notorias nuestras peticiones delante del Señor, con oración, suplica y acción de gracias, de modo que la paz de Dios que sobrepuja nuestro entendimiento guarde nuestras mentes y nuestros corazones (Filipenses 4:6); debemos regocijarnos en el Señor siempre (Filipenses 4:4); pensar en todo aquello que es verdadero, todo lo que es honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo la que es de buen nombre; si hay algo digno de alabanza (Filipenses 4:8); debemos ser santos, porque Dios es santo (1ª Pedro 1:16). El Salvador dijo que si creemos en Él, ríos de agua viva correrían de nuestro interior (Juan 7:38). Debemos ser irreprensibles y sencillos, sin mancha, en contraste con este mundo malvado y degradado, para resplandecer en medio de una generación maligna y perversa como luminares en el mundo (Filipenses 2:15); aprender a aborrecernos a nosotros mismos y practicarlo en forma diaria (Mateo 16:24). Se nos ha dicho que no podemos ser discípulos de Cristo si no renunciamos completamente a todas las cosas y a nosotros mismos (Lucas 14:26). Pablo nos dice que nuestros afectos deben de estar colocados arriba (Colosenses 3:1).

Creo que ya es suficiente. No nos atrevemos a seguir más adelante. El hacerlo sólo aumentaría nuestra vergüenza y dolor. No somos lo que Cristo quiere que seamos. Si ésta es la medida de la vida cristiana, si ésta es la norma sobre la cual hemos de ser juzgados, si esto es lo que Dios requiere de nosotros como cristianos, debemos gritar como Isaías: "Ay de mí, que soy muerto".

¿Por qué el Salvador, tan tierno y comprensivo, tan amoroso y sabio, no hizo requerimientos que estuvieran más acordes con la naturaleza humana? ¿Por qué parece ser tan poco razonable? ¿Por qué no demanda de nosotros aquellas cosas que podemos lograr de forma lógica? EI nos invita a volar, pero no tenemos alas. El hombre que El requiere es algo así como un supermán, un hombre medio deificado. ¿Por qué el Salvador va más allá de lo natural, y pone al cristiano viviendo en las bases de lo sobrenatural? Yo protesto, no es natural el amar a nuestros enemigos, no es natural estar siempre gozosos; no es natural estar agradecidos por las cosas que nos hieren, tampoco es natural el odiarnos o aborrecemos a nosotros mismos, ni es natural andar como Jesús anduvo.

¿Hemos enfrentado este dilema honestamente? ¿Hemos tenido el valor de enfrentarnos con las implicaciones de la Palabra de Dios? ¿Se gana algo mediante subterfugios, pretendiendo que la distancia entre la humanamente posible, y la ley de Cristo (ej., lo que podemos

alcanzar por naturaleza y lo que Dios requiere en su Palabra) no es tan grande?

Si no puede darse una respuesta satisfactoria (mi respuesta en los capítulos siguientes es que si es posible), el sistema cristiano merece las informaciones de los enemigos. Debe enfrentar el grave calificativo de exageración, fanatismo, o lo que quiera llamarse a esta falta de ajuste entre la ley de Cristo y la naturaleza humana.

Este no es un dilema nuevo. El gran Apóstol a los gentiles no deja ninguna duda acerca de su convicción de que la naturaleza humana, como tal, nunca puede alcanzar el ideal de Cristo, El no minimiza la arrolladora incongruencia. Deja claro el hecho de que la ley de Cristo es un ideal inalcanzable, una dorada quimera, algo que la naturaleza humana como tal nunca puede lograr y a lo cual nunca se puede adaptar.

Romanos 7 es un testigo de este hecho. Aquí tenemos la confesión de fracaso del Apóstol, su grito de desesperación, su clamor amargo al encontrar que el ideal cristiano es inalcanzable, sus gemidos en cuanto a este dilema para el corazón, su honesta admisión de creer que los requisitos de la ley de Cristo son algo a lo que la naturaleza humana, aunque luche hasta el último esfuerzo, nunca podrá adaptarse. No me malentendáis; no quiero que mis lectores sean sacudidos por algo aparentemente tan duro; cito las propias palabras de Pablo: "Porque lo que hago no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago. Y si lo que no quiero, esto hago, apruebo que la ley es buena. Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios, pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. Miserable de mi! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?" (Romanos 7). Pablo lucha, agoniza, llora. Se esfuerza como sólo este gigante moral, uno de los más grandes de todos los tiempos, podría esforzarse. Todo es en vano. El confiesa que la ley del pecado, como un poderoso torrente, arrastra con todo.

Hacemos bien en enfrentar honestamente todos los aspectos de este dilema. Pablo también lo hizo. Él no echó ninguna cortina de humo sobre el asunto, ni sobre su incapacidad, ni sobre el inalcanzable carácter de la ley de Cristo. Es completamente franco sobre el hecho de que en sí mismo (esto es, en su carne, Romanos 7:18) no mora el bien. Confiesa que se deleita en la ley de Dios, pero encuentra que hay algo en la naturaleza humana que hace que no se pueda someter a ella. Si hemos de honestos en cuanto a estas cosas, nos sentiremos llevados en forma inconsciente a tomar ciertos pasos, los cuales nos conducirán a un glorioso despertar. Lo mismo que condujo a Pablo a un gran descubrimiento, nos ha de conducir a nosotros

No se trata de que Pablo, cuando escribió Romanos siete, era todavía un desobediente por voluntad propia como en sus días anteriores a la conversión camino a Damasco. Él amaba realmente al Señor. Era un soldado de la cruz, un cristiano consagrado. Sólo que en ese momento se estaba viendo a la luz de una nueva revelación, a la

luz deslumbrante de la cruz de Cristo. Lo que antes, como un estricto discípulo de Moisés, hubiera sido excusable ahora lo abrumaba por su magnitud.

Actitudes aparentemente inocentes, pequeñas con pecados insignificantes que bajo la ley mosaica hubieran pasado desapercibidos, si no es que se hubieran constituido en pequeñas virtudes, ahora rompían su corazón. Eran cosas repulsivas, intolerables. Parecían arder con fuego del infierno. Se clavaban como la lanceta de un escorpión.

Pablo deseaba ser como Jesús. Ya no era solamente una cuestión de ética, un asunto entre lo correcto y lo incorrecto, sino que todo se expresaba en un solo interrogante: ¿Soy como Cristo quiere que sea? Pablo deseaba ser libre. El amor por sí mismo, aun en las formas más secretas e inocentes, le producía nauseas. Él quería ser como Jesús en lo amoroso de Su humildad, y en lo infinito de Su compasión. Deseaba amar a Dios con un amor puro y servirle con esa sencillez que caracterizó al “Unigénito del Padre". Sintiéndose cargado y abrumado, y en la angustia de su desesperación, el Apóstol lanza un clamor por liberación (Romanos 7:24). ¿Hay una salida? Sí. La hay. Pablo lo encontró, y nosotros también podemos encontrarla.

Ahora bien, mi tesis es la siguiente: hemos estado procediendo sobre bases falsas. Hemos concebido la idea de la vida cristiana como una imitación de Cristo. No es una imitación de Cristo, sino una participación de EL "Porque somos hechos participantes de Cristo" (Hebreos 3:14). En el libro de Thomas Kempis, La Imitación de Cristo, hay algunas cosas buenas, pero la idea básica que concierne a los principios que rigen la vida cristiana es completamente falsa. El proceder sobre las bases de la imitación no haría otra cosa que sumirnos en la desesperación en que Pablo se hallo cuando escribió el capítulo siete de Romanos.

No somos lo que Cristo desea que seamos; el Sermón del Monte no encuentra expresión activa en nuestras actitudes: el problema es que no hemos escuchado al Señor Jesús. Él nos dice que debemos de permanecer en Él como el pámpano en la vid. Mateo cinco, seis y siete sin Juan quince seria como un camión de carga sin motor, como una ballena sin agua, o un pájaro sin aire.

En aquel aposento alto, el Maestro, sabiendo que era Su última oportunidad para imprimir en la mente de sus discípulos los principios fundamentales, colocó el mayor énfasis sobre la unión mística, esta unión espiritual de Él con los creyentes, este hecho sublime de la participación "Permaneced en Mi, y Yo en vosotros”. Nuestros fracasos no hacen sino confirmar la veracidad de las palabras del Salvador, al decir: "Porque separados de Mi nada podéis hacer".

No, no hemos sido llamados a imitar a Cristo. La verdad es que el principio no tendría mucho valor si fuera así. Pablo lo mencionó en el capítulo 13 de 1ª Corintios, “el capitulo del amor”. Tal imitación vendría a ser como algo artificial. Hace algunos años, en el país donde yo estaba trabajando como misionero, este asunto fue llevado al punto

máximo, cuando un celoso devoto se crucificó, clavándose literalmente en una cruz, donde sus padres lo encontraron muerto, La iglesia fundamental no aprueba de manera alguna este tipo de cosas, pero teóricamente está enseñando a sus fieles sobre las bases falsas de la imitación.

El cristiano no está llamado a esforzarse hasta más no poder para imitar la vida de Cristo La vida cristiana en el pensamiento de Dios es mucho más bendecida y triunfante "Porque somos hechos participantes de Cristo" (Hebreos 3:14). Dios nos da preciosas y grandísimas promesas, como dice en 2ª Pedro 1:4: "Para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina". El creyente está injertado en el Tronco de la deidad eterna. "Yo soy la vid, vosotros los pámpanos."

"Las riquezas de la gloria de este misterio. Cristo en vosotros, la esperanza de gloria" (Colosenses 1:27).

CAPÍTULO 2

Participantes de la cruz: La muerte de Cristo, nuestra muerte.

Mi propósito es trazar paso a paso el plan de este gran principio de la participación en Cristo, medir las dimensiones de esta maravillosa identificación del creyente con su Salvador.

Cristo y todos los verdaderos creyentes son una sola cosa. Ellos constituyen Su cuerpo. Son, en el lenguaje de Pablo, "miembros de Su cuerpo, de Su carne, y de Sus huesos". Muchos cristianos no se han dado cuenta aun de cuáles son las implicaciones de esta maravillosa unidad con Cristo.

Que el Padre de las Luces nos capacite no sólo para entender, sino para entrar en este santo templo, y darnos cuenta de nuestra unidad con Cristo. Este es el único manantial que puede apagar nuestra sed. No hay otro camino para lograr el cumplimiento de nuestras más profundas aspiraciones como cristianos.

Debemos tener en mente que el oficio del Espíritu Santo es injertar al creyente en Cristo, como un jardinero injerta la rama de un árbol dentro del cuerpo principal de otro "Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo (1ª Corintios 12:13). Pablo escribe sobre este proceso en el capitulo once de su carta a los Romanos, donde habla de la separación de Israel de la Raíz, Cristo, y del injerto de los gentiles en El, para ser así participantes de la Raíz. La auténtica conversión en su aspecto más profundo no es ni más ni menos que esto. Si falla en ser un verdadero injerto en Cristo, es espuria, y por lo tanto no tendrá fruto.

Ciertamente, debemos nacer otra vez. Debemos ser arraigados en el mismo Tronco de la Eterna Deidad. No hemos de tratar simplemente de imitar al Divino Maestro, pues a los que seamos participantes de Su naturaleza divina nos son hechas preciosas y grandísimas promesas (2ª Pedro 1:4), "El Espíritu mismo da

testimonio a nuestro Espíritu de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos, herederos de Dios y coherederos con Cristo" (Romanos 8:17).

Fue el Espíritu quien nos convenció de pecado, creando en nosotros una profunda antipatía hacia éste y un ardiente deseo de ser libres de su dominio. Fue el mismo Espíritu quien nos reveló a Cristo como la divina solución, quien llevó nuestros pecados (Juan 16:7-15). Es Él quien nos une a Cristo, arraigando nuestras vidas en Su vida divina, y haciéndonos crecer en quien es la Cabeza, La señora Penn-Lewis, en uno de sus libros, señala que en griego Juan 3:16 tiene un significado muy diferente al que se le da en algunas de las versiones en los idiomas utilizados hoy día. No es simplemente aquel que cree en Cristo, sino que la Voz expresa "aquel que cree dentro de Cristo tendrá vida eterna". Por la coacción del Espíritu Santo (El Espíritu obra en conjunción con nuestro espíritu, por lo que algunas veces somos inconscientes a su obra) hemos creído dentro de Cristo. El se ha convertido en nuestra vida. "Pero el que se une al Señor, un espíritu es con ÉI" (1 Corintios 6:17).

Ahora bien, este injerto necesita algunas podas. Si no morimos a lo natural, ¿cómo hemos de esperar poder vivir a les sobrenatural? Pablo lo dice así "Porque si fuimos plantados juntamente con El en la semejanza de Su muerte, así también lo seremos en la de Su resurrección" (Romanos 6:5). La rama que contrariamente a la naturaleza es injertada dentro de un árbol de otra especie, debe morir a la vieja vida. Debe canalizar su raíz dentro de un nuevo tronco. Recibe, por tanto, una vida nueva. Al ser asimilada por el nuevo árbol las viejas características de la ramita injertada muy pronto desaparecen completamente. Se produce una total fusión de ambos.

Un estudio de las biografías cristianas revela el hecho de que los grandes santos de la iglesia (y uso el término en su sentido bíblico como descriptivo de todos aquellos que han vivido verdaderamente en y por Cristo), han experimentado, con muy pocas excepciones, lo que algunos han llamado "una segunda obra de la gracia". Hubo un tiempo cuando comenzaron a procurar una más amplia participación en la vida de Dios, Podemos hablar de ello como santificación; otros hacen énfasis en el descanso o reposo de la fe. El énfasis moderno parece situarse sobre varios de los aspectos victoriosos, la vida victoriosa. O también podríamos llamarle la vida abundante. Sea como sea, la experiencia cristiana cabe dentro de las ataduras de la terminología. No hay razón, ni escritural ni de otra clase, para que los cristianos no puedan pasar a este nivel inmediatamente después de la conversión, pero los hechos indican que normalmente estos vagan algunos años por el desierto de un afecto dividido no obstante la perspectiva de entrar a la tierra donde fluye leche y miel.

Reitero, es el Espíritu Santo quien obra en el creyente la convicción de pecado en un corazón dividido. Él le señala cuán contrariado ha sido el propósito de Cristo de traerle a una, más profunda, comunión consigo. El revela con precisión y aplastante

claridad, las funestas consecuencias de la vida del “yo" en su enemistad con Cristo, y su poder de truncar la vida del Espíritu.

También muestra al creyente la duplicidad o ambigüedad de este camino, la vergüenza de una falsa piedad, la burla de una devoción superficial hacia Cristo. El creyente se da cuenta de que está crucificando nuevamente a Cristo mediante su concupiscencia, su deseo de las cosas del mundo y su pasión por el "yo". También se da cuenta de que aunque ha sido arraigado dentro de Cristo, él se ha ido moviendo de su posición. Empieza a entender el significado de Romanos siete, y que puede ser libre. En lo secreto de su corazón exclama: "Miserable de mil ¿Quien me librará de este cuerpo de muerte?"

Esto marca una crisis. Ha venido la hora de una nueva revelación del alcance y eficacia de la obra redentora de Cristo, Los ojos del creyente van a ser abiertos al significado de los aspectos más profundos de Su cruz. El Espíritu Santo revela a Cristo, esta vez no como nuestro Sustituto (aunque el creyente nunca va más allá de la necesidad de una constante apropiación de la eficacia del sacrificio de Cristo por el pecado), sino como la vía de escape para esta carga abrumadora que se llama "yo". Es una visión de sí mismo como -uno con Cristo en Su muerte- lo cual el Espíritu Santo transmite ahora al creyente, crucificado con Cristo. El creyente se da cuenta de que él también murió al pecado en el momento de la muerte del Salvador, y fue éticamente asignado a una posición de muerte, para que pueda, pasando por la tumba del Hijo del Hombre, traído del dominio de la vida del “yo" a una nueva vida de divina potencia. Además comienza a ver que sin esta participación en la muerte del Hijo del Hombre, el pecado como un principio (la misma cosa que precipito tragedia del Calvario), continua operando en él, y en cierto sentido, le sitúa en una posición de complicidad con los mismos asesinos del Salvador.

Se da cuenta que si falla en firmar la sentencia de muerte del "yo", su posición como creyente se vuelve completamente intolerable, un clímax de contradicciones. También le es evidente que Cristo no solamente murió por él por ser pecador, sino que él, como pecador, murió potencialmente al pecado en Cristo, y que lo primero sin lo último lo involucraría en una serie de contravenciones morales. El debe morir con Cristo al pecado o continuar crucificando a Cristo (la mente carnal es enemistad contra Dios. Romanos 8:7) Por fin llega a ver que a menos que el "yo" sea crucificado, él será el que "crucifique al Salvador".

Esta es una obra del Espíritu Santo. Para un hombre no es natural volverse contra sí mismo y comenzar a aborrecer aquello que por naturaleza ama, el "yo". El Espíritu Santo, como escribe el doctor A. B. Simpson en “Días del Cielo”, es el Gran Sepulturero que finalmente nos trae al lugar que Dios nos ha asignado, para compartir la tumba de Cristo. Pero Él no puede traernos a una participación en la crucifixión -al Calvario- sin nuestro consentimiento.

Debemos consentir en morir. Todo lo que la cruz magnifica en dolor, vergüenza, ignominia y muerte, es la mancha moral e infinitamente delicada que tiene Dios para traernos a morir por nuestra propia voluntad

He aquí porque la cruz salva. No es algo mágico, No es simplemente que Cristo cargó con nuestro pecado. Ciertamente El lo hizo, pero el propósito del Calvario se extiende infinitamente más allá de eso. En un sentido, estoy de acuerdo con Lord Beaconsfield, quien afirma que no podemos pensar en la muerte sustitutoria de Cristo como algo que se levanta entre mi persona y Dios, imputándome la justicia del Hijo, simplemente porque yo crea en El, sin importarme en absoluto mi modo de vida posterior.

La cruz de Cristo es sustitutiva porque "Jehová cargó en Él el pecado de todos nosotros", pero es algo más La misma naturaleza de la obra redentora de Cristo consumada en el Calvario, es tal que usted puede recibir sus beneficios penales sin participar de sus beneficios morales. Quiero decir que si usted ha mirado al Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, sin venir a Él con un profundo deseo de ser liberado del yo, entonces podríamos decir que el completo propósito de Dios en aquel evento indescriptible, simplemente no ha sido alcanzado. El Espíritu Santo no ha tenido la oportunidad de obrar en usted para traerle a una participación espiritual en la muerte del Hijo de Dios.

El más grande de los apóstoles vio esto tan claramente que gimió como si hubiera recibido una puñalada, el pensamiento de llamarse cristiano y seguir la vida conforme a la carne le aterraba. "Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? Porque no dicen algunos, si después de todo, la salvación es simplemente la liberación del infierno. Ahí, dice el apóstol. "En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aun en él? ¿0 no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en Su muerte? "Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con El, para que el cuerpo del pecado sea destruido... Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús Señor nuestro" (Romanos 6). Se ha dicho acertadamente que la verdad fuera de su proporción se convierte en un error. La verdad de la muerte sustitutoria de Cristo sin el contenido de Romanos seis tocante a nuestra participación en la cruz y nuestra unión con Cristo en Su muerte al pecado, nos hace precipitar hacia una confusión que termina en el error.

En las Memorias de la señora Penn Lewis hay una extraña historia conectada con su visita a Inglaterra que encuadra perfectamente dentro de esta línea de pensamiento, Un misionero, quien más tarde se dio por entero, con el celo de un apóstol, a la tarca de propagar sus escritos, los cuales contienen, casi todos, las enseñanzas en cuanto a la identificación con Cristo en Su muerte y resurrección, tuvo un sueño que le impresiono profundamente. Era

acerca de la cruz de Cristo, Sin embargo, no era en la figura del Salvador sangrante sobre la cual fijaba sus ojos, sino en una figura fea y sumamente desagradable. ¿Qué fue eso que tanto le horrorizó? Un tiempo después, mientras oía el mensaje de la identificación, y se daba cuenta de que había sido crucificado juntamente con Cristo, el Espíritu Santo le reveló que esa figura desagradable que había visto en el sueño no era otra sino él mismo.

¡Oh, si la Iglesia pudiera tener una nueva visión del Calvario y llegara a apreciar el significado de los aspectos más profundos de la cruz! Si los cristianos pudieran darse cuenta de que el propósito de Cristo era, y es, terminar de una vez por todas con la "vieja creación", poniendo fin a la "vieja vida", destruyendo "el cuerpo de pecado" y sacando a resurrección la nueva naturaleza celestial.

Hablando de judíos y gentiles, Pablo dice: "Aboliendo en Su carne las enemistades, la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para crear en Si mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades" (Efesios 2:15-10).

¡Qué bendita revolución espiritual podría tener lugar en la vida de la Iglesia! Como la influencia de una vida divina podría cambiar a los miembros del cuerpo de Cristo, quienes en su mayoría están languideciendo en un letargo espiritual. Un gran predicador francés, Lacordaire, ha dicho que la Iglesia, al igual que Su Divina Cabeza, nació para ser crucificada, y hasta que no caiga en tierra y muera, quedará sola. Los torrentes de agua viva no podrán fluir en su interior. No se trata de un esfuerzo del hacer humano, sino de una realidad del morir con el Divino, que puede traer a la Iglesia nuevamente a una época de ardiente celo apostólico.

Dios nos da la gracia para que nos demos cuenta claramente de algo: Cristo no ha venido a nuestras vidas a remendar al "hombre viejo". Es en este concepto donde multitud de cristianos han fracasado. Pensaron que la misión de Cristo era el "hacerles mejor". No hay ninguna base bíblica para tal afirmación. El Señor Jesús dijo que no se debía echar vino nuevo en odres viejos. Dijo que no había venido a traer paz, sino espada. Dijo que a menos que un hombre renuncie a sí mismo no podría ser Su discípulo. Cristo no ha venido a enderezar nuestra "vieja vida". Él nunca ha prometido hacernos mejor. Toda Su obra redentora consumada en la cruz, descansa sobre la asunción, o mejor dicho, el hecho de que la condición del hombre es tal que solamente muriendo y naciendo otra vez podría alcanzar las exigencias de Su Persona. Cristo no desea servir de modelo para que el creyente le imite, sino que anhela llevarte con Él a la tumba, donde la "vieja vida" será completamente aniquilada. Nuestra nueva criatura emergerá sobre las bases de nuestra renunciación al "viejo hombre". Cristo es la Vid, nosotros los pámpanos. El es la Cabeza, nosotros formamos el cuerpo.

Las epístolas de Pablo están llenas de la expresión "si" la cual nos señala una y otra vez al Calvario, y nos sobrecoge con una significativa demanda, debemos consentir en nuestra Crucifixión. "Porque si fuimos plantados juntamente con en la semejanza de Su muerte, así también lo seremos la de Su resurrección... Y si morimos con Cristo, Creemos que también viviremos con Él".

A menudo me he preguntado por qué en ese símbolo que Moisés levantó en el desierto, y al cual nuestro Señor se refiere en su entrevista con Nicodemo, ¿la figura empleada debía ser la de una serpiente? ¿Por qué no algo más agradable, que tipificara mejor al Rey de Reyes en Su obra redentora sobre la cruz? Leemos que todos aquellos que miraban a la serpiente eran sanados. ¿Pero por qué una serpiente? Sólo después de que descubrí este principio de la identificación llegué a comprender el significado. Cristo no estaba solo en la cruz del Calvario. Nuestro "viejo yo" debía ser crucificado con ÉL, el último Adán, que estaba allí, a causa de los pecados del hombre. Tan identificado estaba El con la miseria y la maldición de la raza humana que no podía morir por el pecado y al pecado sin que el hombre muriera juntamente en El. Puesto que mi terrible "yo" estaba clavado en la cruz con Cristo, y en el juicio de Dios murió en El, ¿qué mejor símbolo que una serpiente que le ha mordido mortalmente y le ha llevado a una alienación con Dios? Y hasta que lo vil sea removido y la nueva vida inyectada en su ser, su destino es fatídico. No es necesario que se pronuncie otra maldición, ni que se selle otra condenación; la misma naturaleza del "yo" en sus propias obras, sigue el curso natural de la ruina final. Es una ley inexorable.

Hace poco, estaba leyendo acerca de una gran cantidad de mujeres jóvenes que están empleadas en laboratorios donde el contacto con el Radio es inevitable. Estas jóvenes saben que después de entrar en ese empleo su destino está sellado Inevitablemente, morirán. Después de unos meses, o años, se les licencia de su trabajo y se les da un cheque de diez mil dólares. Algunas viven un año, otras dos, o tres, pero llega el momento en que todas mueren por los efectos del Radio. He aquí el por qué de una remuneración tan alta. Los médicos al examinar a esas chicas que estuvieron expuestas al Radio han visto, por medio de los rayos X, que ese elemento radiactivo obra como un fuego lento que va consumiendo los huesos.

Hace dos mil años, en Belén, Dios dio al mundo a Su Hijo Unigénito. En El, estaba concentrado el infinito amor del Padre. Pero toda la fuerza de ese amor redentor fue liberada en su totalidad recién en el Calvario. Fue allí que el "Radio celestial" se enfocó sobre el cáncer del pecado de la humanidad. El Radio mata. No hay poder que pueda atajar su dinámica. La cruz mata. El hombre que se expone al Calvario pronto descubre un fuego interior que está devorando sus huesos. La vieja "vida del yo", tan resentida, tan vana, tan orgullosa, y tan ciega, no puede resistirse al impacto del Calvario.

El doctor Mabie, en su notable obra sobre La Cruz habla de la muerte del Salvador como extraordinaria fuerza, una fuerza moral que destruye al pecado, al lado de la cual todos los preceptos morales de la historia y las leyes de las naciones empalidecen como el tililar de una estrella junto al sol. Por cierto, no fue una simple muerte. Las rocas temblaron y la tierra se abrió en aquella hora de triunfo en que el Hijo del Hombre exclamó: "Consumado es". La vida no se extinguió, sino que su fuerza aumento, por eso la tierra se abrió en temblores. Y el centurión que estaba frente a Él, que después de clamar había temblado, dijo así: "Verdaderamente, este hombre era Hijo de Dios" Marcos 15:39). La resurrección estaba en la muerte, y la muerte está en la resurrección. Ahora bien, este Radio moral concentrado, es liberado en el espíritu del creyente cuando éste se rinde al Cristo de la Cruz. La "vieja vida" puesta bajo la dinámica de la cruz está condenada a muerte. La vida de resurrección toma lugar. El Apóstol a los gentiles exclamo: "Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí y yo al mundo"

"Pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura, mas para los llamados, así judíos como griegos, Cristo poder de Dios y sabiduría de Dios." (Poder en griego es Dunamis, de donde procede nuestra palabra dinamita.)

CAPÍTULO 3

Participantes de la cruz - La muerte de Cristo, nuestra muerte. (continuación)

El significado completo de nuestra identificación con el Salvador en Su muerte no puede abarcarse en un solo momento, debemos detenernos en ese lugar llamado Calvario para que el Espíritu Santo pueda revelarnos las profundas implicaciones de nuestra participación en la cruz de Cristo.

El hombre natural no puede percibir estas cosas, han de discernirse espiritualmente. Pero si estamos deseosos de experimentar las cosas profundas de Dios, el Espíritu no dejará de hacer Su maravillosa obra. La verdad, a la cual Cristo se refirió, nos hará libres, y la misma nos será ampliamente revelada. Pero no solamente veremos y entenderemos, estas verdades vendrán a ser como fibra de nuestro propio ser. Ninguna vida cristiana propia puede llegar a ser realmente posesión nuestra hasta que nos haya puesto en una posición de armonía consigo misma. Como cristianos no podemos hablar de tener la verdad aparte de Él, Quien es la única Verdad.

Los cristianos maduros que han experimentado una Crucifixión interior, y saben lo que significa identificarse con la muerte y resurrección de Cristo, aún después de un lapso de varios años, son guiados a descubrir profundidades cada vez mayores en cuanto a “la

vida del yo". Alguna prueba especial, o alguna circunstancia que trae consigo la gran decisión de elegir la voluntad del Padre o la voluntad propia, pueden ser los medios por los cuales se revelen súbitamente las obras del "viejo hombre".

Quizás estos cristianos habrían pensado que éste ya estaba sepultado con Cristo y que se habían librado de él, pero de pronto algo despertó aquellas manifestaciones aborrecibles de la vieja naturaleza. A medida que el Espíritu revela las obras secretas de la "vida del yo", el creyente se da cuenta de la necesidad de una nueva y más profunda apropiación de las verdades tocantes a la cruz. Su única salida es a través de una participación real en la muerte de Cristo. Solamente el Radio del Calvario puede quitar las raíces del viejo cáncer. No importa cuán profundamente pueda haber llegado un cristiano maduro, el Calvario tiene aun profundidades insondables en cuanto a la crucifixión. En un acto de fe el creyente se ubica en el lugar que Dios le ha asignado en la muerte de Su Hijo, y en un proceso de crecimiento se apropia, de acuerdo a su necesidad de una vida cada vez más profunda de comunión con la muerte del Salvador. Pablo dijo que anhelaba saber más y conocer acerca del poder de Su resurrección: “A fin de conocerle, y el poder de Su resurrección y la participación de Sus padecimientos, llegando a ser semejante a Él en Su muerte" (Filipenses 3:10.

Todo está resumido en la gran paradoja del evangelio: "El que halla su vida, la perderá, y el que pierde su vida por causa de Mi, la hallará" (Mateo 10:39).

No queremos decir que la personalidad queda anulada, al contrario Pablo no era menos Pablo después de darse cuenta de su unidad con Cristo en Su muerte, expresada en la asombrosa declaración en la epístola a los Gálatas: "Con Cristo estoy juntamente crucificado y Ya no vivo yo..." Una vez que la cruz quita del camino la vida del yo de modo que el alma se centraliza sólo en Dios, la personalidad comienza a desarrollarse en toda su esplendidez. Sólo podemos poseernos a nosotros mismos cuando Dios es supremo en nuestras vidas.

Si no está claro, ruego al lector que mantenga en reserva el juicio en cuanto a la verdad de mi tesis, y que siga adelante conmigo en el desarrollo del tema, pues tengo confianza en la obra del Espíritu. El es el Espíritu de verdad. Ninguna verdad relacionada con la gran obra de la redención puede sostenerse sin Él. El nos revelará el hecho de nuestra participación en la cruz de Cristo, y nos dará el valor de permanecer allí, cualesquiera sean las consecuencias. Es Su obra de principio a fin, y El no puede fallar.

Debemos tener en mente constantemente el hecho de que muestra muerte con Cristo significa comunión en el más alto grado. Aunque desde el punto de vista divino es algo totalmente consumado, y completado histórica y objetivamente, desde el punto de vista humano es algo que solamente se vuelve efectivo según el ejercicio de nuestra fe. Así como la muerte sustitutiva del Salvador a nuestro favor se

hace efectiva y borra nuestros pecados cuando ejercitamos y depositamos en Él nuestra fe, del mismo modo la participación en la muerte de Cristo para quitar, no ya los pecados, sino como catalizador del principio activo y generador del pecado, se hace también efectiva con el ejercicio de nuestra fe. A la primera podemos llamarla participación en los beneficios penales de la obra redentora de Cristo, y a la segunda, participación en sus fuerzas morales recreativas. Nuestra voluntad y deseo son las condiciones supremas en la recepción de cualquiera de las dos verdades, pues, como hemos dicho en capítulos anteriores, jamás debemos tratar de separar o desasociar estos dos grandes hechos.

Cuando digo que nuestra voluntad es la condición primaria, quiero decir que el respeto de Dios por la libertad del hombre es algo tan grande que podríamos decir que Dios no puede cuando el hombre no quiere. El solamente puede obrar estos grandes hechos que afectan eternamente al hombre, sobre la condición de su consentimiento. En el acto de la creación, Dios coronó al hombre con la divina prerrogativa, la libertad de la voluntad, Dios se limito a Sí mismo, movido por Su infinito amor, y compartió Su divinidad con el hombre, dándole la facultad y el poder de la elección. Ahora bien, estos límites desde el lado divino nunca han sido ni serán violados. Dios ama al hombre y le busca, pero nunca le fuerza. El recurre y apela a mil maneras para llamarle, pero nunca le obliga. Le muestra las terribles consecuencias del pecado mediante el testimonio de la cruz, pero nunca le fuerza a detenerse en su camino y volver a Él.

De manera que debemos escoger, ¿Seremos dominados por el yo o por Cristo? ¿Continuaremos mimando nuestro yo y crucificando nuevamente a Cristo, o moriremos a la vida nuestra y nos levantaremos de la tumba para vivir con el poder de la resurrección de Cristo, completos en la voluntad de Dios?

Este es el gran tema que levanta la cruz de Cristo, que seamos compelidos en una forma moral, no forzada, a volver al Padre, a identificarnos con la cruz de Cristo y ser contados con los malhechores, llevar la vergüenza conjuntamente con nuestro Maestro. No hay en el mundo ni en la sabiduría de todas las edades, una forma más efectiva para aniquilar la aborrecible vida del yo "Pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles, locura, mas para los llamados, así judíos como griegos, Cristo poder de Dios y sabiduría de Dios" (1ª Corintios 1:23-24).

La Biblia afirma que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con Cristo. Potencialmente es una transacción cumplida Judicialmente, como creyentes estamos muertos en Cristo en el sentido ético. Así que, el Padre es Quien lo juzga, No podemos agregar ni sustraer nada de una obra divinamente consumada. En la Cabeza Suprema de la nueva raza, los que surgen de este Segundo Hombre, están crucificados juntamente con El. EL hecho de que alguien sea alemán o francés hace que tenga ciertos hábitos,

mentalidad y temperamento peculiares. De la misma manera el que sea usted cristiano hace que, inevitablemente, tenga que vivir una vida crucificada. La Iglesia no surgió del seno del Eterno sino hasta después de haber sido engendrada en la cruz.

Cristo vino para este propósito, su muerte no fue un mero accidente. El había sido destinado a la cruz desde antes de la fundación del mundo. Su muerte no fue la de un simple mártir. "...Yo pongo mi vida, para volverla tomar. Nadie me la quita, sino que Yo de Mi mismo la pongo, Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar" (Juan 10:17-18). Refiriéndose a la cruz, el Señor dijo "Ahora está turbada mi alma; y qué diré? ¿Padre, sálvame de esta hora? Mas para esto he llegado a esta hora" (Juan 12:27). Ciertamente, Su muerte no fue una coincidencia, sino el incidente indispensable para generar una iglesia nacida de la cruz. Un Cristo crucificado ha de tener seguidores crucificados.

Pero, repito, nosotros debemos escoger. Si el Espíritu de Cristo ha de florecer en nosotros en todo su esplendor, de manera que alcancemos la medida de la estatura del Hombre Perfecto, debernos, por un acto de nuestra voluntad, rendirnos a aquello que es potencialmente nuestro estatus ante Dios: la identificación con la cruz de Cristo. Basándonos en la cruz, y en nuestra unidad con Cristo en Su muerte, hemos de rechazar la "vieja vida". "El reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan" (Mateo 11:12). No debemos rehusar la "vieja vida" solamente en un momento sublime de rendición cuando la verdad de nuestra unión con Cristo hace eclosión en nosotros, sino que debemos hacerlo en forma constante y consistente.

No olvidemos que somos el pámpano que esta de continuo unido a la Gran Vid. ¿Qué vida escogerá usted? ¿La vida divina que fluye como un gran rio de vida del trono y del Cordero? Entonces debe rehusar a su propia vida. La misma ha sido totalmente corrompida por el pecado. Apártese de ella manteniendo su posición en la muerte de Cristo. Reciba la vida celestial momento a momento. Hágalo así, será más que vencedor. Ya no tendrá que seguir la agonía de tratar de imitar a Cristo. En forma inconsciente y espontánea andará como el Señor anduvo. No podrá asemejarse a nadie sino a Él, compartiendo Su muerte y resurrección, será algo fácil, gozoso, sublime, como un juego de niños. Para usted es natural ser un cristiano, porque ha sido hecho participante de la divina naturaleza.

¡Oh Si la Iglesia se diera cuenta de esta sublime verdad! Solo ha estado disfrutando de un cincuenta por ciento de la redención porque no se ha dado cuenta de las implicaciones de la cruz. No ha querido morir con su Señor. No puede "poseer sus posesiones" porque no ha aprendido a reconocerse muerta al pecado. Todavía está bajo “la tiranía de la carne, el mundo, y el diablo", porque no ha creído a su Señor, Quien una y otra vez, por precepto y ejemplo, y finalmente por medio de las profundidades de Su renunciación de Si mismo en el Calvario, ha buscado inculcarle el sublime principio de auto renunciación.

La Iglesia ha tratado de imitar al Señor en todas las edades, pero esto no dio como resultado otra cosa que los frutos de la "energía de la carne". No ha querido reconocer su total inhabilidad en este respecto, ni ha tratado de rendir su propia vida para hacerse participante de la vida celestial. No puede transmitir la vida a un mundo que agoniza porque ha violado su propio pacto. Ese pacto fue hecho en el Calvario y es un pacto de muerte. Cristo abrió el camino, y espera que nosotros le sigamos. Para ello debe de haber una eterna y profunda unión, un amalgamarse del alma con Cristo, un punto común de intereses, propósitos, aspiraciones. Este es el evangelio. Pero Dios ha revelado en términos inequívocos, elocuentes y sublimes, sobre qué bases debe ser lograda esta unión. Es a través de la Cruz de Cristo. La vieja vida debe ser echada a un lado, objetivo que fue determinado en la persona del Hijo del Hombre. Pero la Iglesia no ha llegado todavía a ubicarse bajo el fuego consumidor del Radio del Gólgota. He aquí entonces su impotencia en esta gran hora cuando la crisis mundial no es solo de carácter económico, sino sobre todo moral.

Sería una locura hablar de avivamiento separado de una profunda participación en la cruz. Los líderes cristianos se han vuelto sospechosos. Uno apenas si se atreve a hablar de avivamiento. Y la Iglesia hace bien en mantenerse lejos de esa clase de “artificio de evangelismo" para alcanzar popularidad. Todo avivamiento en la Iglesia que emerja de “la vida de la carne", esto es, de lo meramente natural, no tendrá resultados eternos.

Todo avivamiento que fracase en hacer un corte profundo en la "vieja vida" y no llegue al lugar del Calvario para su ejecución, es puramente espurio. Si Dios fuera a poner su sello de aprobación sobre el fuego de ciertos avivamientos, se haría enemigo de la cruz. Recordemos que los dos hijos de Aarón murieron bajo juicio divino por ofrecer fuego extraño. Dios no puede, por tanto, aprobar lo que el Hijo desaprueba. En Éxodo leemos que el aceite de la unción no era aplicado hasta que la sangre había sido primeramente rociada. El aceite (Espíritu Santo) después de la sangre (cruz) (Éxodo 31:32). Para compartir la vida de Cristo debemos ser participantes de La cruz de Cristo.

Es interesante notar cómo en el gran libro de la naturaleza se enseña la misma lección. Hay pocas páginas que no enfaticen el hecho de que la vida surge de la muerte. Ni un árbol, ni una flor, ni un fruto nacen sin que la semilla tenga que morir.

Hace pocos días el dueño de una plantación de algodón me llevo a ver sus cultivos. Me alegro tanto de que insistiera para que le siguiera entre las hileras del algodón, pues Dios me hablo a través de las explicaciones de mi amigo concernientes a la semilla de algodón. El extrajo una media docena de semillas que recién estaban despuntando, y me mostró, en una forma que nunca podré olvidar, que antes de que la semilla eche su brote hacia arriba, extiende una profunda raíz hacia abajo, Uno podría pensar que una semilla que ya ha sido enterrada habría muerto lo suficiente, y que echaría su primer

brote hacia arriba en busca de aire, luz y libertad. Pero no, primero se lanza a mayores profundidades dentro de su oscura tumba.

¡Cuántas veces a través de las tipologías y símbolos del Antiguo Testamento el Espíritu Santo arrojó luz sobre este misterio - el hecho de nuestra co-crucifixión con Cristo! Abraham debía sacrificar a Isaac. Isaac fue salvado, pero Abraham en espíritu le ofreció de veras. Y fue precisamente porque lo hizo así que le fue dada una promesa "De cierto te bendeciré, y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como la arena que está a la orilla del mar, y tu descendencia poseerá las puertas de sus enemigos. En tu simiente serán benditas Todas las naciones de la tierra, por cuanto obedeciste mi voz" (Génesis 22.17-38). Y previo a esto leemos que Isaac salió de una matriz que ya estaba muerta. José fue enterrado en una prisión egipcia antes de que pudiera convertirse en un verdadero libertador, y se sentara en el trono con el poderoso faraón. Moisés recibió enseñanza durante cuarenta años en el desierto de Madián. Allí su "yo" estuvo expuesto a un proceso de aniquilación. Pero de allí salió el hombre de Dios quien habló cara a cara con Jehová, que se convirtió en el gran gigante moral de la antigüedad, y cuya guía fue derrotero seguro para el pueblo de Israel. Si el libro de Levítico, con su cantidad enorme de sacrificios, sus ríos de sangre, significa realmente algo, ese algo es que Dios se encuentra con el hombre solamente sobre la base de la cruz.

Nuestra sociedad henchida de placeres y totalmente mundana rechina sus dientes y tapa sus oídos al oír estas cosas, como lo hicieron aquellos judíos cuando apedrearon a Esteban. Ciertamente que éstas duelen. Pero aquellos que han probado al Señor y gustado de Sus deleites, irán detrás del elixir de los cielos; aquellos que no pueden darse por satisfechos con nada menos que la plenitud del Espíritu, y cuyos corazones están encendidos de deseos por las cosas profundas de Dios, para éstos, dichas verdades cortarán y quemarán la vieja vida, pero serán bienvenidas con un gozo indecible.

El doctor Trumbull, en un estudio formidable sobre los sacrificios antiguos, "Blood Covenant" señala que la gente de cualquier raza, o país, en una forma u otra practicaba sacrificios, ya sea de animales o de seres humanos. El dice que un instinto universal y tan hondamente arraigado en todos los pueblos del mundo revela el hecho de que el hombre, en sus tanteos a ciegas tras la Persona de Dios, y movido por las tradiciones de su raza, nunca ha intentado establecer relaciones armoniosas con lo divino, si no lo hace sobre las bases de la muerte.

Los israelitas debían ir al profundo valle del Jordán, dejando doce piedras en el lecho del rio para poder entrar a la tierra que fluía leche y miel. Las aguas volvieron a su cauce cuando Israel pasaba al otro lado, sepultando las doce piedras, símbolo de las doce tribus de Israel. Israel no podía habitar en Canaán sin un constante contacto con la muerte a través de las doce piedras simbólicas enterradas en el cauce del rio (Josué 4:9). David no llegó al trono sin pasar antes por

las cuevas de los filisteos, donde fue perseguido como un perro por el fiero Saúl. Los Salmos, con su tan variada y exquisita literatura, tan adaptada al sentir humano, no podían haber existido si no fuera por la crucifixión interior en el corazón del dulce cantor de Israel, provocada a su vez por las persecuciones de Saúl. Isaías ve al Señor y se da cuenta de su indignidad, debe purgar su vieja vida con un carbón encendido del altar de los Cielos. Jeremías muere mil muertes distintas al llorar amargamente sobre el pueblo escogido. Jonás es lanzado al mar y tragado por un gran pez, aunque no fue allí donde acabó con “su vida del yo". En ninguna época el pueblo de Dios ha llegado a las cumbres más altas de los logros espirituales sin haber llegado la "vida del yo" al polvo de la muerte. Cuando la Amada de Cantares exclama: "Oh, si él me besara con besos de su boca” (el lenguaje simbólico de Cantares indica la sed del alma por una verdadera unión con Cristo), luego sigue una confesión: "Mi amado es para mí un manojito de mirra... racimo de flores de alheña entre las viñas de Engadí." La mirra es un elemento amargo que se usa para ungir un cuerpo para la sepultura, y las flores que se nombran crecen en los cementerios. ¡Oh, el amor debe surgir de la muerte!

El Amado no nos puede traer a una unión consigo mismo sin una profunda participación en Su cruz.

La terrible “vida del yo" (ver Gálatas 5:19 para su mejor comprensión), debe morir. En este punto nuestro Salvador debe ser muy firme. El tiene que ser severo. No puede llevarnos a las alturas espirituales sin hacernos sentir y experimentar los potentes efectos de la cruz.

¿Ha tomado usted su lugar con Cristo en Su muerte? Por un acto de fe debe colocar la cruz de Cristo entre su persona y el "cuerpo del pecado". Debe tomar su posición con Cristo en el terreno firme del Calvario y Cada vez que la "vida del yo" pretenda asomarse, decir: "He muerto en Cristo. En Su nombre te rehúso." Una vez que haya hecho esto, el Espíritu Santo dará testimonio a su fe y le hará y le mantendrá libre.

CAPÍTULO 4

Pablo: El mayor exponente de la co-erucifixión

Aunque el apóstol Pablo nunca conoció a Cristo "en la carne", parece haber tenido una visión aún más profunda de los misterios de la fe, que los otros apóstoles. El fue la fuerza dominante en el carácter en formación y la vida de la iglesia naciente. Después del Maestro, es la personalidad más sobresaliente del Nuevo Testamento e hizo la más grande contribución a la literatura y al crecimiento de la Iglesia, aun sin haber visto al Salvador "en el cuerpo", ni estado bajo Sus influencias o el influjo de Sus enseñanzas y ministerio.

Después de la revelación en el camino a Damasco, Pablo no fue a Jerusalén para consultar con carne y sangre, como nos dice en el

primer capítulo de la epístola a los Gálatas. Se fue a Arabia, Quería estar a solas. Una experiencia tal como la que había tenido, y una revelación de semejante magnitud por parte del mismo Señor, hicieron que un periodo de silencio y meditación fueran absolutamente imprescindibles. Pablo pasó tres años en profundo meditación (Gálatas 1:16:18) Parecería como si hubiera cometido un gran error, ¿Cómo no ir a Jerusalén a consultar con Pedro, Santiago y Juan? Pensadlo bien, él, Pablo, quien nunca había conocido a Jesús podía haberse sentado a los pies de los apóstoles. Podía haber hablado sobre su experiencia con Pedro, o podía haber obtenido abundante información de Juan en cuanto al Señor Jesucristo. Algunos de nosotros hubiésemos viajado alrededor del mundo para obtener tal privilegio, ¿Acaso Pablo cometió un error? Dejemos que Pablo hable por sí mismo: "Pero cuando agradó a Dios, que me apartó desde el vientre de mi madre, y me llamo por Su gracia, revelar a Su Hijo en mi, para que yo predicarse entre los gentiles, no consulté en seguida con carne y sangre, ni subí a Jerusalén a los que eran apóstoles antes que yo, sino que fui a Arabia, y volví de nuevo a Damasco (Gálatas 1:15-17).

Para Pablo, en aquella hora tan sublime, la necesidad Suprema era la soledad, de manera que sin ser molestado ni perturbado, pudiera darse por entero a una contemplación absoluta de la visión que había tenido. Cristo llenaba e inundaba su horizonte. La gloria de Cristo era tan absorbente que por tres años no pudo separarse de ese imán celestial. ¿Ir a los apóstoles en busca de luz, cuando el mismo Señor Jesucristo había venido y se le había aparecido con una gloria cegadora? ¿Ir a buscar la verdad entre los hombres cuando Aquel que es la absoluta verdad se había constituido en su amoroso maestro?

Catorce años después subió a Jerusalén (Gálatas 2:1), pero hace la significativa confesión de que “aquellos que parecían ser algo... no le habían comunicado nada nuevo”. Los apóstoles no pudieron darle ninguna luz. Todo lo contrario, El conocía a Cristo (el Cristo de Dios) aun mucho mejor. Sus puntos de vista a tales asuntos como los que tenían relación con los gentiles, la Iglesia, la relación que había entre cristianismo y budismo, la doctrina de Cristo morando en el creyente, La doctrina del cuerpo "místico", la de la justificación por la fe, la universalidad del cristianismo, eran mucho más profundos que los de los demás. El iba mucho más allá dentro de los misterios de la fe. Los tres años en el desierto de Arabia a los pies del Cristo glorificado habían hecho mucho más de lo que tres años con Jesús (como Jesús-Hombre) habían podido hacer por los apóstoles. Pablo siempre iba a la cabeza de ellos cono misionero, teólogo, predicador, organizador, y como santo. Después de nuestro Señor, es a Pablo a quien la Iglesia debe sus mayores beneficios.

Ahora bien, ¿cómo entendemos esto? Pablo, quien nunca había conocido a Jesús en la carne, le conocía mucho mejor en el Espíritu. él, como ningún otro estaba escondido con Cristo en Dios. Fue arrebatado al tercer cielo donde oyó cosas inefables. Fue quien oro por

sus hermanos efesios, para que el Señor les fortaleciera con Su Espíritu en el hombre interior: “para que Cristo morara por fin en sus corazones, de manera que, arraigados v cimentados en amor pudieran comprender con todos los santos la longitud, la anchura, la profundidad y la altura y conocer el amor de Cristo que sobrepasa todo conocimiento y que puedan ser llenados de la plenitud de Dios”.

Pero, ¿cuál era la doctrina central sobre la cual Pablo enfocó su atención? ¿La de la justificación por la fe? Muchos dicen que sí. Sin embargo, un estudio de las epístolas de Pablo nos trae la convicción de que el gloriarse del gran apóstol no estaba basado simplemente en el hecho de que Cristo había muerto por él, junto con ello, estaba asociado siempre otro aspecto de la cruz: el hecho de que él mismo (Pablo) había muerto con Cristo.

"Pero lejos este de gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí y yo al mundo" (Gálatas 6:14). "Con Cristo estoy juntamente crucificado, y no vivo ya yo, mas vive Cristo en mi" (Gálatas 2:20). "Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con Él, para que el cuerpo del pecado sea destruido,." (Romanos 6:6). ¿Qué, pues, diremos, perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? En ninguna manera. ¿Porque los que hemos muerto al pecado como viviremos aun en él?" (Romanos 6:1-2) "Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios" (Colosenses 3:3).

Esta parece ser la sublime lección que el Salvador hizo penetrar cual fuego ardiente dentro de su ser allá en el desierto de Arabia. Era el profundo significado del Calvario que el Maestro desplegaba ahora sobre aquel fariseo quebrantado y convertido, quien sería más tarde el más grande de los apóstoles, El velo fue corrido y Pablo podo mirar dentro del misterio de la cruz. Allí se vio a sí mismo con Jesús, en el propósito de Dios, potencialmente crucificado. Para Pablo, la vida cristiana nunca podría ser una mera imitación, sino una gloriosa participación en la muerte y resurrección del Salvador. Para él, el creyente era un miembro del Cuerpo de Cristo, "hueso de Sus huesos", Para él, el vivir era Cristo. El no tendría algo de sí mismo y algo de Cristo, o ni aun un poquito de sí mismo y mucho de Cristo, simplemente su posición era la de no tener nada de sí mismo y todo de Cristo. El se daba cuenta de que Dios no solo puso los pecados sobre el Hijo, sino también al pecador, y que en Él, (Pablo) había muerto para siempre. Nunca dudó sobre este hecho. Condenó su “vida carnal" a la muerte y permaneció en la libertad que es en Cristo.

Así se identificó el gran apóstol con Cristo, dándose cuenta que esta identificación es la de todos los creyentes con la Cabeza Suprema de la nueva raza, Cristo el Señor, era algo que en la mente de Dios había sido concebido desde el principio. De tal manera llegó a apropiarse de esta verdad que vio sus sufrimientos como los padecimientos propios de un seguidor de Cristo, o lo que podría llamarse una prolongación del Calvario. Pablo habla de ello como un cumplimiento que falta de las aflicciones de Cristo. En una palabra, el

apóstol interpreta sus propios sufrimientos a luz de la cruz. Vemos esto en la segunda carta a los corintios donde narra las pruebas y persecuciones que está padeciendo. "que estamos atribulados en todo, mas no angustiados, en apuros, mas no desesperados... llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos" (2ª Corintios 8:10).

Es Cristo sufriendo, recibiendo nuevas heridas, es Él siendo crucificado otra vez a través de Su siervo. No quiere decir que Pablo mirara sus sufrimientos como compartiendo los sufrimientos de Cristo en Su capacidad como substituto cuando llevó los pecados del mundo, o como completando algo de la obra de expiación. En absoluto. Eso fue consumado una vez y para siempre en el Calvario. En este sublime darse a sí mismo en redención o rescate por todos, el pecador no tiene nada que hacer.

Lo que deseo enfatizar es el hecho de que para Pablo la identificación con Cristo es algo tan real que él ve en la cruz, no solo la muerte del Salvador, sino también la muerte en potencia de todos aquellos que constituyen Su cuerpo, algo tan completo que Pablo lo ve en sus propios sufrimientos como cristiano, y en los padecimientos de todos los cristianos, cumpliendo lo que está detrás de las aflicciones de Cristo.

Pero no debemos pensar en su muerte, de la cual Pablo dice que somos entregados por causa de Jesús (2ª Corintios 4:11), como algo puramente negativo, de ello, Pablo concluye sacando a luz la vida eterna. "Porque nosotros que vivimos, siempre estamos entregados a muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal, de manera que la muerte actúa en nosotros, y en vosotros la vida" (2ª Corintios 4:10, 12), Es cuando morimos en Cristo a la "vieja vida" que las barreras son totalmente quitadas y los torrentes de agua viva irrumpen del ser interior llevando la vida de Dios los demás.

Antes de que dejemos esta fase de nuestra participación, vamos a resumir sus implicaciones, como el mismo Pablo las vio y entendió:

Primero en Cristo estamos muertos al pecado (Romanos 6:11). El pecado no puede ser vencido simplemente luchando en su contra. Si fuera algo así, tal vez no sería tan difícil; pera el caso es que nuestro propio ser está embebido de él. Una gota de tinta en un vaso de agua teñirá todo el contenido, El "yo" es algo solapado y engañoso. Nuestro mismo pensamiento está envenenado por nuestro amor propio, nuestro espíritu está tan torcido que se sale de lo que debería ser su centro: Dios; y se arraiga en la carne. No hay ninguna manera de mejorar o pulir la carne. El Señor Jesús dijo que debemos nacer de nuevo. En Cristo somos llevados dentro de la tumba para ser desechos.

Cristo no puede ser para nosotros la vida de Dios sin ser la muerte del yo. "No he venido a traer paz, sino espada. Ahora bien, el cuchillo debe cortar si es que hemos de ser libres. No hay otra manera de librarse de la "vida del yo".

Segundo en Cristo estamos muertos al mundo. Esto no significa, por supuesto, que debemos irnos a algún monasterio medieval, o encerrarnos en una celda para encontrar más provecho en nuestra vida cristiana. Ningún hombre estuvo más cerca y en contacto con los problemas del mundo que Cristo: ya sea en el mercado, en el templo, en los hogares, con los pobres, los menospreciados, los enfermos, o los que se regocijaban. No, El no era un asceta. Pero sin embargo podía decir: ¡tampoco Yo soy del mundo!

(Lo mismo puede decirse de su gran siervo Pablo, nadie fue tan activo como él)

Desde los días de Cristo, el mundo ha adquirido mucho brillo y pulimento externo, pero hemos de saber que la amistad con el mundo es todavía enemistad con Dios: por la simple razón de que el espíritu del mundo con sus engaños y mentiras, su concupiscencia y degradación, sale del monstruo del yo, Satanás obrando a través del orgullo del hombre, es aun el dios de este mundo. ¿Hemos de estar en términos de amistad con este mundo crucificó a Cristo? Ni siquiera pensarlo. El espíritu que crucificó a Cristo está todavía activo en el mundo. Nada más lógico, más inevitable y más practicable que un cristiano cortado y separado de sus relaciones con este mundo. En Cristo estamos muertos al mundo (Gálatas 6:14).

En tercer lugar, en Cristo hemos muerto a un espíritu dividido. Pablo, hablando a los efesios en su epístola sobre la pared intermedia entre judíos y gentiles, dice que Cristo tiró abajo esta pared por medio de Su cruz, haciendo una nueva criatura de ambos. ¡Oh, si la Iglesia pudiera tener esta visión, si pudiera verse a sí misma crucificada con Cristo! ¡Cómo caerían las paredes abajo! Por ejemplo, la pared del sectarismo. Nos dice la Escritura que en Cristo no hay judío ni griego, cualquier posición que sostenga actitudes sectarias no puede llamarse cristiana. Toda división es de la "carne". Satanás levanta paredes entre espíritu y espíritu, grupo v grupo, secta y secta, nación y nación, pero Cristo las derriba. Al ser cristiano uno no se atreve a tomar ninguna actitud exagerada de nacionalismo. También se debe morir al fanatismo político. Somos ciudadanos del cielo y estamos en el mundo con vastísimas responsabilidades hacia todos los hombres. Sólo la cruz de Cristo puede borrar estos fanatismos, sectarismos y nacionalismos. No quiero decir que un buen cristiano no debe reconocer sus deberes hacia su país, ciertamente, sólo un cristiano puede ser todo lo verdadero patriota que un ciudadano debiera ser, cuanto más puro sea el cristiano, mejor ciudadano será. Pero sobre el nacionalismo y sectarismo está Cristo, y como miembros de Su cuerpo, estamos encomendados al glorioso programa de la redención del mundo. En Cristo hemos muerto a todo espíritu de discordia. No podemos amar a Cristo y desentendernos de la humanidad, pues Cristo se identifica a Si mismo con los intereses de cada alma, (Mateo 25:31-46). No podemos tener a Cristo si no tenemos Su cruz, y sobre esa cruz fue desecha toda enemistad racial, y de hecho, todo lo que

interfiere con la perfecta armonización de la vida del mundo para el logro de los más altos intereses de la humanidad.

"Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo. Porque El es nuestra paz, que de estos dos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación, aboliendo en Su carne las enemistades para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz" (Efesios 2:13-15)

Finalmente, en Cristo hemos muerto a la ley: "Así también vosotros, hermanos míos, habéis muerto a a ley mediante ei cuerpo de Cristo" (Romanos 7:4). Cristo nos ha librado no solamente de "la vida carnal", y nos ha cortado del mundo por medio de Su muerte, de la cual los creyentes hemos participado; sino que también nos ha sacado del área de la ley. No estamos bajo la ley, sino bajo la gracia, es la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús la que ahora gobierna. En un sentido, todavía es ley, "la ley de la libertad" de la cual Santiago habla en su epístola. Pero no debemos confundir esta ley con la de Moisés. Una libera, la otra, ata. Una da el poder de ser semejante a Cristo, y la otra es legalismo muerto. Una es la expresión de la nueva naturaleza, la otra es un intento de controlar la vieja naturaleza.

Qué bueno es ser libre, libres "del dominio de la vida de la carne", libres de la tiranía del mundo, libres del terrible monstruo llamado "yo", libres del legalismo de una ley muerta de la cual Pablo dice que obra maldición, libres de las ataduras del miedo, la ansiedad y la preocupación. Qué bueno es tener un espíritu liberado lleno de la vida de Dios. Es la cruz de Cristo la que opera esta liberación. Solo cuando permanecemos con Cristo en Su muerte, y por la fe nos apropiamos de esta fuerza liberadora del Calvario (por ejemplo, creer que hemos muerto con Cristo), podemos esperar experimentar la verdadera libertad por la cual gimen nuestros espíritus.

CAPÍTULO 5

Participantes de la resurrección de Cristo.

A medida que avanzamos paso a paso en la consideración de aquello que implica nuestra participación en Cristo, hallaremos que las riquezas espirituales y la luz que guía a una verdadera felicidad son algo con lo cual nunca antes habíamos soñado, y que no pensamos que pudiera darse sobre esta tierra, mientras ocupamos un cuerpo de carne y hueso.

No podemos tomar estos pasos sin experimentar una revolución radical tal en nuestras actitudes, relaciones, pensamientos, que todas estas cosas realmente son hechas nuevas. Miramos atrás a nuestra modalidad de imitadores, llena de luchas y confusión, típicamente de “la carne", y del “viejo yo" y nos parece increíble notar la diferencia. Nuestro corazón se llena de gratitud por el gran cambio obtenido. Ningún príncipe que después de años de lucha, pobreza y vergüenza,

regresara de nuevo de su padre podría sentirse más agradecido, vemos que después de rendir todo al Señor, Él nos posee de tal modo por Su Espíritu Santo que hasta nuestra propia mente queda bajo Su gobierno.

Él es quien nos da el espíritu de la oración que tiene acceso a la presencia del Dios viviente. Y nuestras oraciones tienen una fuerza y vitalidad que nos llevan a reírnos de lo imposible. ¿Estamos cansados y fatigados? El nos sostiene en Su seno y las caricias de Sus manos hacen que nuestro corazón cante. ¿Estamos tentados? El nos viste de poder, y en El somos más que vencedores.

El siguiente paso que consideraremos es nuestra participación con Cristo en Su resurrección. En Cristo no solamente hemos muerto, sino que también hemos resucitado. Nuestra muerte al yo no es sino la puerta de entrada a una vida mucho más abundante. Somos recipientes de una vida infinitamente más maravillosa. Somos templos del Dios viviente. Cuando aquel elemento de discordia el "yo", el cual, aunque religioso, es todavía enemigo de Dios, es removido, hace que Dios vuelva nuevamente a lo Suyo en nosotros, y pasamos a experimentar la verdadera Vida.

¡Maravillosa verdad! ¡Glorioso hecho! ¡Qué tesoros de la gracia, que poder, que gloria! La resurrección de Cristo es mi propia resurrección. Dios me levanto juntamente con Él. El cubre mi más profunda necesidad. Mi espíritu suspira y gime por esa vida eterna, abundante, auténtica "Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por ti, oh Dios el alma mía". (Salmo 42:1).

El Señor Jesús ha dicho que esa clase de vida está a disposición del creyente. "Cualesquiera que bebiere de esta agua, volverá a tener sed, mas el que bebiere del agua que Yo le daré será una fuente de agua que salte para vida eterna" (Juan 4:13,14).

"Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás" Juan 6:35

Si no fuera por esta vida divina que, en cierta medida, los creyentes disfrutan (algunos como algo casi imperceptible, otros como un poderoso torrente) los tales no podrían participar en la cruz de Cristo. Solo una criatura viviente puede morir. Solamente las almas que en una medida han recibido la vida de Cristo pueden morir al "yo". El "yo" no puede vencerse a sí mismo. Para morir a la "vieja vida" debemos ser posesión autentica de Cristo. Y en la medida en que permitamos que Él haga Su voluntad en nosotros, moriremos más plenamente al "yo".

En el primer capítulo de la epístola a los efesios, Pablo pronuncia una maravillosa oración. Dice lo siguiente: "No ceso de dar gracias por vosotros para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os de espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de Él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que El os ha llamado, y cuales las riquezas de la gloria de Su herencia en los santos y cual la supereminente grandeza de Su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de Su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los

muertos y sentándole a Su diestra en los lugares celestiales" (Efesios 1:16-20)

Este es el increíble poder que obra en el creyente, el poder de la resurrección de Cristo. Pablo anhela fervientemente que los efesios se dieran cuenta de este hecho.

Cuando llegamos a considerar los requisitos del Nuevo Testamento en cuanto a la vida cristiana, nos damos cuenta que todo presupone esta unidad del creyente con Cristo en el poder de Su resurrección. Nadie sino un alma centrada en Cristo, alguien que sea uno con El en Su muerte y resurrección, puede alcanzar la medida ideal de Cristo en la vida y servicio cristianos. El amar a nuestros enemigos sin una profunda participación en el poder de la vida de Cristo y sin el amor de Dios que nos revela la Palabra, sería tan imposible como lo es para un perro hacer las veces de pájaro. No hay ningún requisito en el Nuevo Testamento que no haga enfrentar al creyente con este dilema. Debe de cesar de moverse en el área de lo puramente natural, morir al "yo" y encontrar una nueva vida en Cristo resucitado o resignarse a fracasar como cristiano. El sermón del monte no presenta ningún problema para la nueva vida, la vida que fluye de Cristo. Todo en él es natural, sencillo, una expresión espontanea de los principios inherentes. Para la “vieja vida", que da al hombre motivaciones naturales, el Sermón del Monte no puede ser nada más que una asombrosa contradicción. Las formas, costumbres, lenguaje y hábitos de un hotentote no serian mas inteligibles e impracticables para un europeo, que lo que el Sermón del Monte es para uno que no haya nacido de nuevo y que deje vivir a Cristo en él.

Hablamos en forma voluble del evangelio social, y los cielos son testigos de que necesitamos una aplicación social de las enseñanzas de Jesús. También hablamos muy ligeramente de seguir las pisadas del Maestro, pero olvidamos que hacer mecánicamente cosas que Cristo ordenó y practicó, en lo relativo a las relaciones sociales, nunca nos traerán a la vida de Cristo.

La imitación de un francés no hará que yo me constituya en uno de ellos. Y así es en la vida cristiana, debo nace de nuevo. Es por eso que Cristo me llevó con Él a la tumba y me sacó de ella siendo una nueva criatura. Cuando estaba sobre la cruz del Calvario, el Señor acabó para siempre con mi vieja vida como representante de la humanidad, y me impartió Su nueva vida cuando se levantó de la muerte.

Cristo no espera nada de nuestra "carne". Aunque tenga apariencia educada, religiosa o falsamente piadosa, la Escritura nos dice que "para nada aprovecha".

La fe cristiana es sobrenatural en lo que respecta a Dios. No es un simple símbolo de la encarnación de Cristo, que se ubica bajo la categoría de milagrosa. El creyente es un recipiente de Dios. Como participante de la resurrección de Cristo, también está en la categoría de lo sobrenatural. Ya no es simplemente Cristo muriendo por el pecado. Es el pecador muriendo en Cristo. No es solamente Cristo

resucitado de entre los muertos. Es también el creyente siendo levantado juntamente con la Cabeza Divina. No es el hombre tratando de alcanzar a Dios, es Dios tomando la forma de hombre y como el “Hijo del Hombre", cambiando totalmente el proceso de la vida, sujetando al "viejo hombre" a la muerte y a la extinción y trayendo a la luz, la vida de resurrección.

Esta es la fe cristiana la fe de los apóstoles, la "fe del Hijo de Dios". "Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mi; y lo que ahora vivo en la carne lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a Si mismo por mi” (Gálatas 2:20).

CAPÍTULO 6

La ascensión de Cristo, nuestra ascensión

Este principio de participación - la unión con Cristo -tiene alcances tan inimaginables, que ni siquiera el hombre espiritual encuentra fácil escalar las alturas de su elevado significado. De pronto titubeamos, nos tambaleamos, nuestra misma fe se prueba ante tanta grandeza.

Recuerdo una visita reciente que hice al mar después de varios años viviendo en una tierra desértica. Cuando mis ojos abarcaron el lejano horizonte, y escuche el rumor de las olas, como el sonido de un gigantesco órgano, me quede sin palabras, Cuando uno mira fuera por primera vez, después de una tediosa búsqueda en la tierra desértica de la carne y la imitación de Cristo, al inmenso océano de maravillas que la participación final con el Señor nos ofrece, uno no hace mucho más que quedarse sin palabras. Como Saulo de Tarso cae en tierra cegado por la visión celestial.

Debo confesar que cuando contemple por primera la fase de participación con Cristo que estamos a punto de considerar, todo mi ser se estremeció. ¿Sería posible que aun Su ascensión fuera también mía, no después en el futuro, sino ahora? ¿Me atrevería yo a montar a este imponente carro de fuego como lo hizo Elías e introducirme en la misma gloria? ¿Enseñan tal cosa las Escrituras para el creyente de hoy? ¿Y cómo puede uno estar aquí sobre la tierra y al mismo tiempo con Cristo en los Cielos? Centenares de preguntas se levantan buscando ansiosamente una respuesta. Pero el Espíritu Santo, que es Quien nos guía, nos da la fe para introducirnos en estos benditos misterios en la medida para que lo vayamos pudiendo sobrellevar. La fe es más que la vista, como dice la Escritura: "Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve" (Hebreos 11:1) Efectivamente podemos poseer la misma sustancia, la verdadera médula de estas realidades que no vemos.

No sólo somos hechos participantes de la muerte de Cristo y de Su resurrección, sino también de Su ascensión. Como escribe Pablo: "Y juntamente con El nos resucito, y asimismo nos hizo sentar en los

lugares celestiales con Cristo Jesús" (Efesios 2:6) EI Señor Jesús lo declara en Su oración de Juan 17, la cual tiene como objetivo supremo esta unión de la estamos hablando. “Para que todos sean uno, como Tú, oh Padre, en Mi, y Yo en Ti, que también ellos sean perfectos en unidad” “Y Yo ya no estoy en el mundo... Pero ahora voy a Ti" Por la fe El ya tomó Su lugar a la diestra del Padre. El estaba regresando por el camino de la cruz, la tumba vacía, v la ascensión, hacia el trono que había dejado, y por la fe estaba tomando con El a aquellos que en la presencia de Dios iban a formar Su cuerpo místico. El Novio Celestial estaba colocando Su novia a Su lado en el trono.

Los creyentes y Cristo son uno por lo tanto, el Salvador puede decir: “Los he amado a ellos como también Tú me has amado”. Cristo vino para este propósito, para injertar dentro de Si un nuevo tronco; como Hijo del Hombre para constituirse Cabeza de una nueva raza; Como Segundo Hombre, para ser la Cabeza Suprema de una nueva humanidad. Y como este nuevo hombre (El cuerpo) el que participa en Su cruz, y en la resurrección, así debería también ascender con El a los cielos.

Ciertamente fue una ascensión potencial, pero aun en esta vida puede volverse efectiva. Debemos aprender a apropiarnos de nuestras posesiones y apoderarnos por la fe de aquello que por la confianza divina es actualmente nuestro. Nuestra “posición experimental” debería estar de acuerdo con nuestra “posición judicial”. Dios nos juzga como muertos, resucitados y sentados con Cristo en los lugares celestiales: “El nos ha bendecido con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo" (Efesios 1:3).

Haríamos bien en poner más atención a los tiempos verbales que el Espíritu Santo ha inspirado, como lo aconseja F.B. Meyer. Es posesión nuestra ahora. “Nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo". No es la muerte (como disolución física) la que nos traerá a nuestra herencia en Cristo, Es la fe. Ahora mismo podemos sentarnos con El en los lugares celestiales, porque Dios ya nos ha hecho sentar allí en la persona de Cristo, la Cabeza de la iglesia. Parece una bendición demasiado grande para hijos tan indignos, pero no olvidemos que una simple migaja de bendición espiritual viene de la misma manera. Solo es posible porque estamos "en Cristo". "El que no escatimó ni a Su propio Hijo sino que lo entrego por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con El todas las cosas?" (Romanos 8:32). Si, todas las cosas aun el mismo trono.

“Al que venciere, le daré que se siente conmigo, así como Yo he vencido, y me he sentado con Mi padre en Su trono" (Apocalipsis 3:21).

El doctor G.A. Peck, quien fue misionero por algunos años en África, ha escrito un libro al cual le ha puesto “La Vida Entronada” o “La Vida en los Lugares Celestiales”, en el cual expone esta fase de la vida cristiana en una forma única. El dice que el creyente, antes de entrar a la gloria a través de los portales de la muerte, puede tomar su lugar con Cristo en los lugares celestiales y dirigirse al trono de vida

del Salvador. El ve la conquista de Canaán, la entrada de los hijos de Israel a la tierra que fluye leche y miel, como el gran tipo del Antiguo Testamento. Canaán representa la más elevada unión con Cristo, la vida entronada a la cual cada creyente está llamado. Josué representa al Espíritu Santo, quien imparte la fe, guía y alienta al creyente a esta unión con Cristo. Los cananitas, hijos de Anak, gigantes, etc., representan las poderosas fuerzas del mal, satánicas y demoniacas, que se oponer al creyente en su tentativa de tomar "la tierra prometida", o sea, su lugar con Cristo en los cielos. A Josué le dijo: "Yo os he entregado, como lo había dicho Moisés, todo lugar que pisare la planta de vuestro pie." Y al creyente el Espíritu le dice: "Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo". Legalmente la bendición ya pertenece al creyente, y por el ejercicio de la fe se tornará en una posesión efectiva.

Aunque el mensaje del doctor Peck ha caído sobre piedra, pues su mensaje tan sólo puede ser recibido por corazones preparados por el Espíritu; sin embargo la gloriosa verdad permanece inamovible e inmutable. Y, ¡Gloria a Dios!, hay muchas cosas que nos hacen creer que la Iglesia está siendo despertada y está a punto de reclamar sus gloriosas posesiones en los lugares celestiales. Al decir esto me refiero a tomar el lugar que ya le fue conferido allí, ahora, no a su arrebatamiento cuando Cristo venga.

Comprendo que ésta no es "doctrina fácil", ni carga liviana. ¿Pero es que acaso hay algo relacionado con la primera venida de Cristo al mundo, Su pasión, Su muerte, Su plan de evangelización para el mundo, etc., que resulte fácil? Los grandes intelectos deben dejar de lado su orgullo y humillarse para entender la obra de Cristo hacia el pecador. Y las almas más simples necesitan Su gracia, o de otra manera seguirían ciegos. Sólo los ojos santos o ungidos pueden penetrar a través del velo y mirar en la antecámara del Rey. Si, sin la unción santa no podemos entender el ABC de la cristología, ¿cómo podemos entender entonces el XYZ? La misma unción, que de acuerdo a Juan, enseña todas las cosas, también nos dará la capacidad de tornar alas como de águilas para que podamos volvernos participantes prácticos y efectivos de la vida entronada de Cristo.

Un poco de psicología nos será de mucha ayuda en este punto. No solamente la Biblia, sino la ciencia, declaran que el hombre es un ser tripartito. Es espíritu, alma y cuerpo. Pablo dice: "Y el mismo Dios de paz os santifique que por completo, y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo sea guardado irreprensiblemente para la venida de nuestro Señor Jesucristo" (1ª Tesalonicenses 5:25). La Biblia hace distinción continuamente entre alma y espíritu. Se nos dice que la Palabra, como espala de doble filo, divide el alma del espíritu (Hebreo 4:12) Cuando el hombre cayo, dejó de vivir en el espíritu, que es el asiento de la conciencia de Dios y que tendría estar bajo el control absoluto de Él. En Génesis leemos que Dios se arrepintió de haber

hecho al hombre, pues dijo "porque ciertamente él es carne" (Génesis 6:3)

Ahora bien, el propósito de Dios en la gran obra de la redención es traer al hombre nuevamente a una conciencia de Dios a través del espíritu, liberar el espirito del hombre, desenredándolo de todo aquello que en carnal y del alma, v trayéndole nuevamente a un nivel en que pueda ser dominado por el espíritu.

Así es que la cruz debe cortar dividir el alma del espíritu. El espíritu, una vez liberado de lo carnal, toma su lugar con Cristo en los lugares celestiales. La vida del creyente debería fluir como un torrente desde el trono de Dios. En cuanto a su espíritu, éste es trasladado al reino de Cristo, aquí y ahora, Durante Su ministerio terrenal, Jesús permaneció en estas relaciones. El podía decir: "Nadie subió al cielo, sino el que descendió del Cielo el Hijo del Hombre, que está en el cielo" (Juan 3:13) En cuanto a Su espíritu, el señor Jesús estaba en el Cielo mientras caminaba sobre la tierra y predicaba por la orillas de Galilea. Su vida fluía como un divino torrente del trono del Padre. El alma y el cuerpo estaban bajo el dominio del espíritu.

Cuando por medio de la fe reclamamos nuestro sitio en los lugares celestiales nuestros espíritus son liberados del dominio de la "vida carnal". Son desenredados de la vida del alma. Ya no estamos bajo las ataduras del "Yo". Somos hechos libres. Así es como llegamos a ser verdaderamente nosotros mismos, no solo como hijos Dios sino alcanzando los niveles más elevados de la humanidad (la humanidad del Maestro) que se despliega dentro de nosotros.

¡Oh, la gloria de la vida cristiana cuando se vive en la plenitud de sus prerrogativas! ¡Cuando aprendemos a participar en Cristo de todos los beneficios de la redención que El ha ganado para nosotros! Que podamos ser capaces de ver la pobreza de nuestros espíritus, la llenura de nuestra vida, la muerte que todavía nos envuelve, porque no hemos incorporado a nuestro ser todo aquello que Cristo tiene para nosotros. Juan podría decir, "Porque de Su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia" (Juan 1:16) ¡Qué poco de Su plenitud hemos recibido! Oh, cuántos cristianos están viviendo hambrientos espiritualmente, mientras que el Rey desea llenarlos de la vida de Dios, de tal manera que verdaderos ríos de agua de vida fluyan en su interior para dar de beber a un mundo que perece. "Huerto cerrado eres, hermana mía, esposa mía " (Cantares 4:12), Así habla el Amado (Cristo) a esposa (la novia, la Iglesia, o al cristiano individual). "Tus renuevos son paraíso de granados, con frutos suaves, de flores de alheña y nardos, nardo y azafrán, caña aromática y canela, con todos los arboles de incienso; mirra y áloes, con todas las principales especies aromáticas" (Cantares 4:13-15).

CAPÍTULO 7

La victoria de Cristo, nuestra victoria

El cristiano no está libre de peligros en ningún momento de su peregrinar por este mundo. Tentaciones de toda clase se interponen en su camino. Cuanto más avanza en su sendero y más grande es la gracia, más sutiles son los embates, más intensa la oposición. Fue precisamente al final del camino, en el momento del máximo logro, que el Salvador experimento el peor y más agudo de todos los conflictos, y de igual manera ocurre con el cristiano, éste nunca llegará a comprender lo determinado, poderoso y cruel que es el enemigo y cuán potente puede ser la oposición, hasta que dirija sus pasos hacia las muy elevadas cumbres espirituales. Cuando se apoya en su posición con Cristo en los lugares celestiales, el gran adversario, el príncipe de las tinieblas, comienza a emplear tácticas sutiles y a entrar en acción con sus armas más poderosas.

Es bastante posible dudar de la existencia de esta personalidad satánica mientras uno está todavía dominado por “la vida carnal”, lo que sucede es que uno no tiene la suficiente vista espiritual para verlo. El espíritu todavía no está liberado. Satanás no tiene una gran controversia, no hay una lucha real con aquellos que están conformes con profesar a Cristo mientras es su “yo” quien ocupa el trono de sus vidas, en tanto que la “vieja vida” no sea desplazada y la cruz no haga su operación en el “yo”, manteniéndolo bajo muerte y liberando así la nueva criatura, el enemigo no estará grandemente alarmado. Pero cuando el creyente se da cuenta de su posición de muerte en la identificación con Cristo, y la unión con él en Su resurrección y ascensión, entonces empieza apreciar el significado de las palabras de Pablo: "Pero no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernantes de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes" (Efesios 6:12) Es entonces cuando el cristiano se apropia del verdadero significado de la cruz.

El Señor Jesucristo no vino solamente para revelar el amor del Padre, expresando en términos humanos el propósito divino; no vino solo para sanar y enseñar, ni tampoco únicamente para dar Su vida en rescate por muchos. En el sentido más estricto, puede decirse que hay un propósito supremo, del cual poco se ha hablado porque el hombre en su ceguera, sería incapaz de entenderlo. Detrás del escenario de Su vida se estaba llevando a cabo un poderoso e intenso drama. EL Señor Jesús vio a Satanás caer del cielo como un rayo. El vio al enemigo real. Nunca fue engañado, ni por un solo segundo. Detrás de la apariencia de la vida, El veía vastas hordas de demonios como espesas nubes que envolvían el mundo. Los hombres estaban bajo el dominio de los poderes de las tinieblas. La gloria suprema del Maestro, su valor primordial como Redentor, yace en el hecho de que El fue capaz de romper ese poder maligno. Él echo fuera los demonios, enfrentó al enemigo en el desierto y venció.

Es significante notar que en aquella última noche el Salvador interpretó Su cruz en términos de conflicto con el dominio satánico. El dijo: “ahora el príncipe mundo será echado fuera" (Juan 12:31).

Pablo tuvo suficiente luz interior para reparar en este hecho, pues él escribió que Jesús, a través de la muerte, había destruido al que tenía el poder de la muerte, esto es, al diablo (Hebreos 2:14). En cualquier lugar donde habla de la cruz del Salvador, declara que fue allí en el Calvario que “Despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz” (Colosenses 2:15). Parecería que aun en las áreas espirituales, de las cuales no tenemos conciencia, es cuando tiene lugar el conflicto (en Apocalipsis leemos que había guerra en el cielo), las fuerzas de la luz apelan al Calvario y sobre la base de la victoria de Cristo allí obtenida, nosotros podemos obtener la victoria. "Y ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio” (Apocalipsis 12:11).

¿Pero no es Dios omnipotente? ¿Por qué con un solo acto voluntad no paraliza a todas las huestes de maldad?. Podía haberlo hecho, pero eso no hubiera respondido a Su propósito ni resuelto el problema. El hombre había pecado. Había sido engañado por el padre de la mentira. El hombre había hecho causa común con Satanás. El hombre se había prestado para el plan del príncipe caído. No tuvo en cuenta a su Dios, la rebelión le apartó de Él desde el principio de la creación. De manera que es necesario que el hombre, por su propia voluntad, rompiese relaciones con Satanás y regresara a Dios. Cristo, como hombre, tuvo que vencer a Satanás. Aquí está el punto clave, El era Hombre, "el Hijo del Hombre", empleando armas que el hombre podía usar y triunfando. Era el Hijo del Hombre desafiando la autoridad del usurpador y tomando Su posición delante de Dios. Al Salvador le costó la ignominia y la vergüenza de la cruz, pues Satanás lleno a los judíos con un odio diabólico. Ningún hombre fue tan odiado como lo fue el Señor Jesús, ni tampoco tan amado como El. La única explicación sobre este intenso odio está en su fondo diabólico. ¿Por qué, si no, el Hombre más sublime y perfecto que pisó esta tierra, quien estuvo haciendo bienes a millares, y comunicando tesoros a la humanidad podía ser objeto de ese odio encarnizado? Solo cuando vamos a las páginas de la Escritura damos con la auténtica respuesta. Leemos que “Satanás entró en Judas". Fue el diablo quien incendió esos corazones con el fuego del infierno.

Pero vamos al punto de interés para nosotros ahora. ¿Qué tiene que ver todo esto con la participación?, Mucho, en todas las maneras, no sólo somos bautizados en la muerte de Cristo y resucitados con él en el poder de una vida eterna: somos los participantes de Su victoria sobre las fuerzas del infierno. Cuando el Hijo del Hombre triunfo, nosotros triunfamos en El. El más humilde de los creyentes puede someter al "dragón" bajo su pie. El más débil de los discípulos que se dé realmente cuenta de su unidad con Cristo, puede, en Su nombre, "atar al hombre fuerte" y despojarle de sus bienes. ¡Tan grandiosa fue Su obra en el Calvario!

La victoria ha de obtenerse a través de la muerte por esta razón: La “vida del yo" y el espíritu satánico están en afinidad inconsciente.

Aunque el último esté muy pulido cultural o religiosamente, es todavía el “yo” es decir, la vida de la carne. Tiene sobre si la maldición de Dios. Huele a infierno, “los designios de la carne son enemistad contra Dios" (Romanos 8). Odia al Señor al mismo tiempo que simula amarle. Donde domina la "vida del yo", sean cuales sean las simulaciones religiosas que se hagan, Satanás tiene amplio terreno para desarrollar sus actividades. Los carriles por donde él encamina sus maquinas infernales ya están puestos. La vida de la carne y Satanás constituyen una alianza natural como tantas otras que hay en este mundo por ejemplo, el rayo y a electricidad. Satanás no tiene que ser invitado a la vida del “yo”. Penetra a ella de forma natural. Las líneas están ya listas para que la "corriente" pase. Satanás es el maestro de ceremonias, aunque a veces quiera aparentar que no existe. El terreno es todo suyo. A esto se debe que las Escrituras hablen de que aquella sabiduría que no desciende de lo Alto, que es terrenal, animal y diabólica (Santiago 3:15).

De manera que, reitero, el proceso debe hacerse a través de la muerte. El Hijo del Hombre destruyo al enemigo a través de Su muerte, la absoluta negación de la vida del “yo” la cruz. El cristiano ha sido plantado dentro de aquella muerte. El ha sido injertado en la cruz del Hijo de Dios. “Sabiendo esto que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con El" (Romanos 6:6). Y, como muerto con Cristo, ya el dominio de Satanás no tiene más derechos sobre él, ha sido destruido, porque la "vida de la carne” con su afinidad satánica también ha sido destruida. En todas las áreas Dios obra de acuerdo a leyes, y en ninguna forma más estricta que en lo espiritual. Y es ley que donde a la mente carnal que es enemistad contra Dios se le dé carta blanca, la jerarquía satánica que está basada sobre los mismos principios, gobernará esa mente y afirmará su autoridad, manteniendo a la vez su poder. Aun Cristo mismo no podría liberar a un alma del poder satánico si ésta negara la eficacia de Su muerte, y en la generación del poder de esa muerte, se negara a renunciar a la "vida del yo". El respeta las leyes universales. Dios solo puede salvar a un hombre manteniendo las más altas demandas de moralidad. En otras palabras, el Señor debe ser veraz y auténtico consigo mismo. El no puede violar Su propia naturaleza.

Cierta vez tuve la oportunidad de ver este principio en acción. Un misionero que conocí sufrió un extraño quebrantamiento nervioso que tenía en si todas las señales de una posesión demoniaca. Muy pronto el misionero conoció los síntomas que, según el doctor White, de la China, que ha hecho un extenso estudio sobre el demonismo, son típicos y absolutamente inequívocos. Casi caigo desplomado cuando oí salir blasfemias de los labios de aquel misionero, quien siempre se había ocupado de alabar y predicar a su Señor. Finalmente la oración prevaleció; aunque pasamos días de seria agonía. Así que ni siquiera un misionero está exento de tal ataque satánico, si, por ejemplo, inadvertidamente o de cualquier otro modo, da terreno a Satanás por

medio de alguna manifestación de “la vieja vida" o aceptando alguna mentira o falsedad de boca del "engañador”.

Pero también vemos, según la Escritura, que la autoridad de Cristo sobre los espíritus malignos es delegada a los creyentes. En una ocasión presencie un incidente en la ciudad de México el cual arrojo luz sobre lo que se ha llamado “La autoridad ejecutiva" del cristiano, Los "boys scouts” estaban ubicándose en las esquinas de las calles para aprender a dirigir el tráfico, Me fije en un muchacho en la tarima del "gendarme". El chico hizo la señal y el tráfico obedeció. Diez mil autos estaban circulando sobre la Avenida de la Reforma y obedecieron a la simple señal de aquel chico. ¿Por qué? Porque estaba en su puesto investido con toda la autoridad del gobierno de la República de México, Eso era suficiente. El Señor Jesús dijo a sus discípulos que les daría autoridad sobre todo poder del enemigo. Ellos volvieron llenos de asombro diciendo: “Señor, aun los demonios se nos sujetan en Tu Nombre".

Helen Montgomery, en la obra Prayer and Missions, nos cuenta de un joven chino quien echó fuera un demonio. Un pobre padre vino al hogar de un pastor cristiano pidiendo desesperadamente ayuda para su hija poseída por un demonio. El pastor no estaba en casa. Pero su hijo captó enseguida la gravedad de la situación y dijo, "Yo iré con usted. He visto a papá hacerlo". Después, el chico decía que mientras iba de camino confesó sus pecados al Señor para que le ayudase. Cuando llegó a la casa de este hombre fue conducido a la presencia de la pobre chica que gruñía y echaba espuma por la boca. E inmediatamente se dirigió al espíritu invisible y le dijo: “En el nombre de Jesucristo, yo te ordeno, sal fuera". El espíritu obedeció y la chica fue restaurada instantemente.

El creyente más humilde que está consciente de su unidad con Cristo, es investido con la misma autoridad del Hijo de Dios. Como miembros de Su cuerpo compartimos Su autoridad ejecutiva. ¿Acaso no juzgaremos a los ángeles? ¡Ciertamente que si! Los apóstoles ejercitaron este poder, nosotros también podemos ejercitarlo. Cristo está listo para hacer efectivo el mandato del más humilde cordero de Su rebaño, si ese cordero es obediente. Pero no podremos poseer todo lo que Cristo tiene para nosotros a este respecto hasta que El no posea todo de nuestra parte. Un poquito de "yo" puede parecer insignificante delante de nuestros ojos, pero Dios lo ve a la luz de la cruz, el "yo" fue quien colocó a Su Hijo allí. La verdadera medida del "yo" es la cruz. Pilatos sabía que por envidia los judíos deseaban crucificar a Cristo. Después del Calvario, ¿quién podría pensar en la envidia? Las manos de la envidia están manchadas con la sangre del Rey. El "yo" es todavía un terrible monstruo y hasta que no le destronemos por medio de la cruz de Cristo, estará robándonos una tremenda fuente de poder y bienestar.

Dios nos exhorta a que tengamos una disposición práctica y efectiva de considerarnos muertos con Cristo, para que también

podamos reinar con El. Y en tal caso, las mismas huestes del infierno estarán sujetas a nosotros.

CAPÍTULO 8

La victoria de Cristo, nuestra victoria (Continuación)

Entre los líderes cristianos, maestros y predicadores de hoy, no son muchos los que se atreven a tocar este tema. Y, sin embargo, en la iglesia del siglo XXI no hay necesidad más urgente que sacar a luz este intrincado asunto. Doctrinas extrañas que son sanas en apariencia, relacionadas con los dones del Espíritu, y con suficiente base bíblica, están convulsionando al cuerpo de Cristo, y empujando al nuevo creyente a buscar más luz, llevándolo al abismo del fanatismo, con peligro de dar lugar a "doctrinas de demonios" que, según Pablo, en los últimos días vendrían como una inundación sobre la iglesia (véase 1ª Juan 4:1-3).

Miro atrás hacia los años de mi ministerio como ministro de la cruz, cuando Satanás me oprimía y tambaleaba. ¡Un misionero y oprimido por Satanás, qué ironía! ¡Oh! La agonía del prolongado conflicto, cuando asaltado por las huestes del infierno, al fin logra salir de sus manos. Si no hubiera sido por el fiel Pastor, que viéndome en peligro, vino en mi rescate, y por la luz que El derramó sobre las sutiles trampas del diablo, nunca hubiera podido salir por mis propios medios. El me enseñó a usar Sus poderosas armas.

Sin embargo, no es sólo en tierras paganas donde el misionero tiene luchas con las fuerzas demoníacas. Cuántos creyentes que están viviendo en países que se llaman cristianos sienten el peso y la opresión de los espíritus malignos, quienes son dirigidos por el gran engañador, y que secretamente rugen bajo la esclavitud de los "poderes de las tinieblas”.

¡Que pocos cristianos disfrutan de una total libertad de la opresión satánica, la cual el Señor Jesús hizo posible! Se dice muy poco de los "gobernadores de las tinieblas de este mundo". Muchos, como Voltaire, niegan la existencia del diablo y sin embargo, viven toda su vida bajo el dominio de semejante monstruo. Aun muchos predicadores hoy prefieren pasar indiferentes o escépticos ante este personaje. Muy poco se ha dicho de esto que, por otra parte, fue tan real para nuestro Salvador en Su conflicto contra la maldad. Satanás continúa con su numerosa corte a través de la tierra oprimiendo, asesinando, engañando, incitando al mal, y empujando a las almas al abismo de la alienación con Dios.

Su principal estrategia en el presente, parece ser la adulteración del cristianismo. De mil maneras diferentes él trata de sacar la esencia misma de la vida cristiana. Como alguien ha dicho: “él dejará salir a flote una de las verdades con tal de meter en circulación una sola mentira”. El es el causante de todas las divisiones. Es en cantidad padre de tantos falsos "ismos". Aún será capaz de dar un avivamiento,

siempre y cuando lo mantengamos dentro de las fronteras de la "vida carnal". Un avivamiento que no exalte la cruz, y que no traiga ninguna alma a la crucifixión, a la unidad con Cristo y la participación en Su muerte y resurrección. Lo que es más, Satanás puede poner en acción alguna de sus más escogidas estrategias secretas en el corazón del avivamiento, comúnmente en forma de una verdad fuera de relación con otras verdades. Él también mueve las emociones y pone especial énfasis en ello. El desea que los hombres sigan a Cristo entre tanto lo hagan en la energía de “la carne" y de la "Vida del yo". Él no tiene miedo de la religión.

De hecho, es absolutamente esencial que los hombres sean religiosos, pues él puede usar con mucha más facilidad a aquellas personas que se inclinen hacia lo sobrenatural. Los crímenes más grandes de la historia se cometieron en el nombre de la religión. Satanás sólo teme a una cosa: la cruz de Cristo. No me estoy refiriendo a un mero símbolo. Me refiero a todo lo que el Calvario significa: la victoria de Cristo sobre los poderes de las tinieblas. Su muerte sustitutiva por el pecado del mundo y la unidad del creyente con Cristo en Su muerte y resurrección. Cristo es la roca fuerte en la cual podemos escondernos y estar a salvo de los dardos del maligno.

Para aquellos que sienten que el poder de Satanás aún no ha sido roto, yo les ofrecería las siguientes sugerencias: Primero: deben despojar al diablo de todo el "terreno" que le hayan dado. Le damos terreno al enemigo cuando aceptamos cualquiera de sus mentiras. A menudo pinta sus mentiras con los colores de la fe cristiana. El cita la Palabra, como lo hizo en la tentación con el Señor. Le damos "terreno" cuando fallamos en revestirnos del poder de Cristo y en desplazar la "vieja vida". Si la "vieja vida", o "vida de la carne", está en vigencia, hay miles de líneas inconscientes de comunicación esperando ser usadas por Satanás. Tenemos que ponernos del lado de Dios y fuera de la vida del “yo". Le damos "terreno" al enemigo cuando pecamos, también cuando abusamos de cualquier órgano o facultad. Una duda también dará "terreno" al maligno.

Es por eso que Satanás intentó llevar al Maestro a la duda "Si eres Hijo de Dios..." Si el Señor hubiera aceptado ese "si", hubiera dado una considerable porción de "terreno" a Satanás. Si él consigue que aceptemos lo que parece una duda inocente en cuanto a la fidelidad y bondad de Dios, pronto se abrirá camino para tomar más “terreno" y seguir consumando su plan.

El "terreno" le es quitado por medio de la afirmación de nuestro derecho a una total participación en todos los frutos de victoria del Calvario. Debemos tomar deliberadamente nuestra posición con Cristo en el terreno de la victoria; afirmar que lo que Dios dice con respecto a nuestra unidad con Cristo en Su muerte y resurrección es verdad; rehusarle todo "terreno" y en el nombre del Vencedor del Calvario, tomar de vuelta el "terreno" que ha sido perdido. En el nombre de Jesús debemos reclamar lo que pertenece al justo Rey. Satanás es un príncipe simulador. El es el usurpador. Puede mantener su autoridad

sobre nosotros solamente a base de sus mentiras y medias verdades. Debernos desplazar esas mentiras empleando la Palabra de Dios. Tenemos que tomar el escudo de la fe con el cual poder “apagar todos los dardos de fuego del maligno". Es una lucha. Pablo dice que estamos peleando contra fuerzas y enemigos invisibles. Son tramposos, sutiles, rápidos para descubrir el punto débil en nuestra armadura; se atrincheran y atacan cuando estamos debilitados. Ellos mismos pueden causarnos debilidades (en 2ª Corintios 12, el aguijón de Pablo en la carne era un mensajero de Satanás que le abofeteaba).

El Salvador dijo de aquella mujer enferma que había sanado: "Y a esta hija de Abraham, que Satanás había atado dieciocho años..." (Lucas 13:16).

Pero nosotros hemos sido hechos participantes de Cristo, y tenemos una proclama invencible, un derecho comprado con sangre que surge de nuestra unidad con el Vencedor del Calvario, un perfecto derecho a la libertad. ¿No son éstas las buenas nuevas que el Señor vino a proclamar en el año aceptable del Señor? ¿No proclama El la libertad a los cautivos, y a los que se encuentran aprisionados? Su clamor desde la cruz fue: "Consumado es" La salvación que muchos profesan no es aquella que el Salvador compró a precio incalculable, el dejar la gloria, la infinita humillación de la encarnación, la ignominia de la cruz. No representa la victoria del Calvario.

Si bien no deja a Satanás tener el control total, si le da oportunidad de comportarse como cruel opresor y poseedor de grandes áreas del espíritu. ¡Oh! ¡Si los cristianos se despertasen y tomaran su posición con Cristo en los lugares celestiales por encima de todo principado y potestad! El derecho al aire que respiran y al agua que beben no es más inalienable. Son miembros del cuerpo de Cristo y por medio de la Palabra de Dios, el pacto del Calvario, son los poseedores legales de todo aquello que Cristo mismo levantó de la tumba para heredar. Cuando Dios resucitó a Su Hijo de entre los muertos y le puso a Su diestra en los lugares celestiales sobre todo principado y potestad y puso todas las cosas bajo Sus pies, usted también, querido hermano, fue resucitado para sentarse a la diestra de Dios; y todas las cosas han sido puestas bajo sus pies.

El Señor Jesús dijo: "Yo en ellos, y Tú en Mi, para que sean perfectos en unidad” (Juan 17:23). Si ostenta una misma posición con el Salvador, ¿no se atreverá usted, querido cristiano, a reclamar su derecho a la libertad, y desechar ese abominable yugo? ¿No estará deseoso de quitar de debajo del poder de Satanás toda fase, facultad, poder, ya sea de su espíritu, alma o cuerpo, y hacerse libre sobre la base de la victoria del Calvario? Esa es la única manera en que en la total posesión de sus facultades, podrá servir a Dios en total gozo y libertad.

Muchos se han sumido en forma inconsciente bajo la opresiva tiranía del enemigo. Han prestado atención a sus mentiras; se han vuelto pasivos. La pasividad nos deja expuestos a la intrusión

demoniaca. Es indispensable que nuestro espíritu este despierto. No debemos esperar que Dios nos controle como si fuésemos máquinas. La unión con Cristo no significa eso. Pablo decía que “estaba juntamente crucificado con Cristo, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mi"; pero, sin embargo, no se comportaba en forma pasiva. No hemos de renunciar al dominio propio y al autocontrol, estamos vivos como nunca antes. La personalidad es notablemente mejorada. La voluntad es fortificada, la mente maravillosamente iluminada.

Nuestra memoria es gloriosamente fortalecida; somos libres como nunca antes para escoger, querer, razonar y actuar. Ahora hemos de actuar en perfecta armonía con Dios, siendo cada facultad robustecida por el Espíritu Santo. Si mediante la pasividad hemos entregado alguna facultad al diablo, afirmémonos en el terreno de la victoria del Calvario y quitémosle al enemigo lo que ninguna manera le pertenece.

CAPÍTULO 9

Los sufrimientos de Cristo, nuestros sufrimientos.

Es asombroso cuán a menudo la palabra, participación, aparece en el Nuevo Testamento. Se nos dice que somos hechos participantes de Cristo. En Romanos seis se nos da a entender que Su cruz es nuestra cruz; Su tumba, nuestra tumba. En Efesios dos vemos que en Él hemos sido resucitados de entre los muertos y actualmente estamos sentados con Él en los lugares celestiales. No sólo eso, se nos segura una y otra vez que la victoria de Cristo es nuestra victoria, que siempre podemos vencer al Maligno gracias al Calvario y a nuestra participación en los frutos de la cruz (2ª Corintios 2:14).

Y ahora nuevamente nos estremecemos por el maravilloso hecho de que somos hechos participantes de los sufrimientos de Cristo. Pedro nos dice que nos regocijemos en este hecho. Debemos estar felices porque hemos sido llamados compartir las tribulaciones del Salvador glorificado. "Antes bien, gozaos en que sois participantes de las aflicciones de Cristo, para que también en la revelación de Su gloria os gocéis en triunfo" (1ª Pedro 4:13).

Pablo, el gran apóstol de la doctrina de la unidad en Cristo, interpreta sus propias pruebas y tribulaciones a la luz de la cruz, y en ellas ve una prolongación de los sufrimientos de Cristo.

A los colosenses escribe lo siguiente: "Que ahora me gozo en lo que padezco por vosotros, y cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por Su cuerpo, que es la iglesia" (Colosenses 1:24). La pasión del Salvador aún no terminó. Gotas de sangre caen todavía de sus sienes. Siendo Cristo lo que es y este mundo como es, no podría ser de otra manera.

No pensamos en nuestro sufrimiento como el sufrimiento vicario de Cristo como el Cordero de Dios quien sobre la cruz llevó nuestros pecados. "Pero éste, habiendo ofrecido por los pecados un solo

sacrificio para siempre..." (Hebreos 10:12). "En la cual voluntad somos santificados por la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una sola vez" (Hebreos 10:10). Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados" (Hebreos 10:14). El Señor exclamó a gran voz "consumado es". No puede agregarse nada a la obra consumada de la cruz. Debemos tener cuidado de no permitir que ningún pensamiento extraño nos confunda en este punto. Toda la verdad revelada, el Antiguo y Nuevo Testamento convergen en un hecho sublime: Cristo murió por nuestros pecados una vez por todas.

No podemos confundir estos sufrimientos de Cristo de los cuales somos participantes, con la obra completada en el Calvario por El. Repito, nada puede agregársele a aquella absoluta consumación. En ese suficiente y total sacrificio por el pecado el creyente no tiene parte como participante; solo puede aceptar el perdón que se desprende de la cruz. El estar confundidos en nuestra exegesis sobre el particular seria no solo fatal, sino infinitamente condenable. Con razón Pablo dice: "Mas aun si nosotros o un ángel del ciclo os anunciare otro evangelio del que os hemos anunciado, sea anatema".

Tampoco debemos confundir los sufrimientos de Cristo y Su cuerpo con el hecho objetivo de nuestra identificación con El en Su muerte, como se presenta en el libro de Romanos, capítulo cinco. Eso también es cosa acabada. Hemos de reconocerlo como un hecho acabado, consumado, histórico; como la muerte de Cristo a nuestro favor. Cuando creemos lo que Dios tiene para decirnos acerca de nuestra unidad con Su Hijo en Su muerte al pecado y a la "vieja vida" y rehusamos a ésta como a algo totalmente inútil, somos liberados de las ataduras del yo. La vieja vida se cae como un vestido desecho. Ahora estamos vivos para con Dios. Y ahora en el poder de esta nueva vida divina, como miembros del cuerpo de Cristo, viene como consecuencia lógica e inevitable la participación en Sus sufrimientos.

Dado que nuestra vida ahora emana del trono y porque en espíritu estamos virtualmente sentados en los lugares celestiales y por lo tanto como nunca antes, somos uno con Cristo, descubrimos que dentro de nosotros está obrando un nuevo espíritu de amor. El amor de Cristo nos constriñe, e inevitablemente deriva en un gran sufrimiento. Gemimos con los indecibles gemidos del espíritu, Cristo, quien en agonía oraba y su sudor se hacía como grandes gotas de sangre, mora en nosotros a través de su Espíritu, y además ora a través de nosotros de manera que nuestra oración se vuelve muchas veces en gemidos indecibles. El que mora en nosotros, busca a las almas perdidas y hace que sus hijos estén en ocasiones en una verdadera agonía de dolor y pena sobre aquellos que rechazan Su amor. Cristo, cuyo corazón se deshizo en aquella cruz, presenciando y sintiendo el odio y la injusticia del mundo, hace que nosotros, Sus hijos, sintamos el dolor, la pena y la vergüenza de este mundo. Comenzamos a llevar por todas partes en nuestro cuerpo la muerte del Señor Jesús (2ª Corintios 4:10). El sufrimiento del creyente no es poético ni romántico, sino que

su espíritu está refinado y sensibilizado por una comunión viviente con el Cristo del Calvario.

Cuando Hyde, "el hombre de oración de la India", finalmente sucumbió y fue al hogar celestial, los doctores examinaron el cuerpo y encontraron que su corazón había cambiado totalmente de lugar y posición. La vida de oración de Hyde había sido tan intensa pasaba noches enteras gimiendo ante el Señor por las almas perdidas, que literalmente murió con el corazón deshecho.

Otros testimonios son los sufrimientos de los primeros cristianos, de los mártires y de aquellos misioneros que han entregado totalmente su vida al Señor para ir a aquellas etnias que vagaban en completa falsedad y oscuridad.

No puede haber un nuevo nacimiento de almas sin un tedioso trabajo por parte de los cristianos. Como ejemplo citaremos a St. Francis. Jean de Brébeuf, un misionero a los indios norteamericanos, quien fue quemado lentamente, hasta morir, con carbones ardientes. Tan maravilloso fue el espíritu de tranquilidad y compasión que manifestó, que en la hora final de su muerte los indios abrieron el pecho del misionero y bebieron su sangre, y comieron su corazón. "Queremos ser como el dijeron, él es un dios". Al mirar a ese santo sufriendo, habían visto la cara del Señor reflejada en él, y eso rompió sus corazones. Hemos de regocijarnos de que somos hechos participantes de los sufrimientos de Cristo.

He estado releyendo la historia de las marcas sangrientas de San Francisco. Nunca me ha sido difícil creer en sus heridas o marcas que, de acuerdo a los historiadores católicos, fueron impresas por un serafín. Ellos dicen que una réplica exacta de las heridas de Cristo apareció en el cuerpo del gran santo de Asís. Nunca he dudado de ello, y no soy católico romano. Pablo dijo que él llevaba en su cuerpo "las marcas del Señor Jesús". Francis Underhill, la más grande autoridad en misticismo, piensa que Pablo había experimentado algo así, y que las heridas del Salvador habían aparecido en él. No lo sabemos. Pero sea como fuere, heridas o no, Pablo se había dado a la muerte de Cristo y llevaba en sí la imagen del Crucificado. El gran hecho es que todos hemos de llevar la imagen del Salvador, hemos de ser hechos conformes a Su muerte. En el poder de Su resurrección hemos de tener la participación de Sus sufrimientos; "a fin de conocerle, y la virtud de Su resurrección, y la participación de Sus padecimientos, en conformidad a Su muerte" (Filipenses 3:10).

Y, gracias a Dios, este sufrimiento no queda sin fruto. Él lo usa para limpiar las ramas de la vid con el propósito de que lleven más fruto (Juan 15:2). Nada llega hasta nosotros sin antes pasar a través de sus manos, de ser diseñado y destinado para servir a nuestros más altos intereses. La Escritura nos dice que llevamos en nuestros cuerpos la muerte del Señor Jesús, ¿Por qué? "Para que también la vida de Jesús sea manifestada en nuestros cuerpos" (2ª Corintios 4:10). ¿Cómo van a fluir esos "ríos de agua viva" de nuestro interior si el "yo exterior" no es quebrado? La uva no da su precioso jugo sin que se

exprima y se rompa su piel. "Porque nosotros que vivimos, siempre estamos entregados a muerte por Jesús, para que también la vida de Jesús sea manifestada en nuestra carne mortal" (2ª Corintios 4:11).

¡Qué mensaje tan bendito para el alma afligida! ¡Oh, hijo de Dios!, levanta tu cabeza porque tu redención esta cerca. Sufrir no es en vano. No puede haber oro fino sin el fuego refinador. Cristo es glorificado en tu paciencia. Debes contarlo todo como gozo cuando te halles en diversas pruebas (Santiago 1:2),

De tus heridas salen manantiales de vida, la propia vida de Cristo. Esto sirve al aumento y edificación del cuerpo de Cristo. Lo que sufres profundizará tu relación de identificación y posición en Su muerte. El grano de trino debe caer a tierra y morir; de otro modo queda solo. "Pobrecita, fatigada con tempestad, sin consuelo, he aquí que yo cimentaré tus piedras sobre carbunclo, y sobre zafiros te fundaré. Tus ventanas pondré de piedras preciosas, tus puertas de piedras de carbunclo, y todo tu término de piedras de buen gusto. Y todos tus hijos serán enseñados de Jehová; y multiplicará la paz de tus hijos" (Isaías 54:11-13),

"Porque de la manera que abundan en nosotros las aflicciones de Cristo, así abunda también por el mismo Cristo nuestra consolación" (2ª Corintios 1:5).

CAPÍTULO 10

La aparición de Cristo, nuestra aparición

Aún no hemos agotado las vetas de oro puro que constituyen este principio de la participación. En un sentido, lo más sublime de todos sus aspectos tiene que ver con el desarrollo del futuro en cuanto al reino de Cristo. He aquí el gran hecho de la venida del Señor, del cual el Nuevo Testamento tiene tanto para decirnos. Se nos aconseja orar y velar, puesto que no sabemos a qué hora el Señor vendrá. Se nos dice que permanezcamos en El para que cuando aparezca tengamos confianza y no seamos avergonzados ante Él en Su venida. También se nos dice que los ángeles serán enviados con un gran sonido de trompeta y que juntarán a los elegidos, de los cuatro puntos de la tierra.

La doctrina de la Segunda Venida puede que no sea muy popular, pero no creo que ninguna doctrina en cuanto a nuestro bendito Salvador lo haya sido o lo sea al presente. La Verdad del Segundo Advenimiento ha sido abusada y distorsionada y puesta fuera de proporción con relación a otras verdades, pero lo mismo sucede con otras doctrinas y palabras del Maestro. Como buenos discípulos del Señor no nos atrevemos a ser indiferentes a ninguna verdad, ni tampoco a descuidar ninguna palabra que surgió de los labios de Aquel que hablo como nunca nadie lo hizo. Que el Salvador declaró una y otra vez que vendría otra vez, y que lo confirmaron los escritores inspirados de la Santa Biblia, es una verdad potencial hacia

la cual se está moviendo nuestra historia y que, por lo tanto, nadie puede negar.

Ahora bien, precisamente porque quizá no seamos capaces de asimilar el total significado de las palabras del Salvador o de entender lo que esta gloriosa venida pueda involucrar, no vamos a poner los hechos en duda. No por ello vamos a dejar de disfrutar de tan grande esperanza como la que nos presenta la Escritura. "Pero sabemos que cuando El apareciere, seremos semejantes a Él, porque le veremos como Él es" (1 Juan 3:2).

Aunque no podamos comprender en su totalidad la forma del procedimiento en que estos hechos se llevarán a cabo, igualmente podemos guardar la esperanza y disfrutarlos como algo que nos pertenece legítimamente.

No hemos de seguir las Escrituras solamente cuando el intelecto puede seguirlas, pues las cosas espirituales se han de discernir espiritualmente. ¿Tiene acaso este evento algo más de sobrenatural o maravilloso que la encarnación, la resurrección de Lázaro, la cruz, la tumba vacía, la ascensión y nuestra unidad con Cristo en Su la muerte y resurrección? Y ¿qué acerca de los profetas? ¿Entendieron ellos acaso todo el significado real de la primera venida de Cristo? Ciertamente que no; pero, sin embargo, escribieron sobre ello y creyeron fielmente en las promesas de Dios.

No me avergüenzo de confesar que hay cosas que no entiendo. Pero ciertamente las creo. Y desde que me he dado cuenta cabal de mi unidad con Cristo en Su muerte y resurrección, desde que disfruto los frutos de su victoria en el Calvario, desde que he aprendido a participar en la ascensión de mi Señor y mi posición con El en los cielos y desde que sé que mis sufrimientos como, seguidor de mi Señor, son después de todo un cumplimiento de Sus sufrimientos, espero como nunca antes la gloriosa venida de mi Rey. ¿Podría acaso ser de otra manera, cuando sé que tengo participación en ese supremo acontecimiento también?

Se nos enseña que cuando Cristo, nuestra vida, se manifieste, nosotros también seremos manifestados con Él en gloria (Colosenses 3:4). Nosotros somos Su cuerpo. ¡Qué maravilloso pensamiento! Cristo nos ha sujetado a Si mismo con fortísimas ataduras de amor, por tanto, debemos figurar en Sus movimientos. La iglesia ha sido injertada tan profundamente dentro del Tronco Divino, que la vida de ella y la de Él están fusionadas en una.

¡Oh, unión inefable y gloriosa de la iglesia con Cristo! Nos transporta a un eterno destino con El. Ya no estamos preocupados con el pensamiento de si vamos o no al cielo. Si Cristo está allí, nosotros estaremos con El. Él es más sublime que los cielos. El más pálido rayo de luz de Su santa presencia ante el cual el sol no es sino una mera sombra, satisface al corazón. Pablo no pudo hacer otra cosa que cantar allí en la prisión, a medianoche. El y Silas se regocijaban. Su espalda estaba sangrante por los azotes, era una noche oscura y estaba en la prisión. Pero él cantaba como participante de Cristo. Las luces

inefables del cielo estallaban a su alrededor y él se olvidaba de todo; sólo veía la gloria de Cristo.

Nosotros participaremos en la venida de Cristo. Hemos de ser arrebatados y transformados. En un abrir y cerrar de ojos saldremos de la tierra. Todavía falta algo en nuestra participación de Cristo. La obra de Cristo está incompleta. "La Redención todavía está en pañales". Pablo dice que la naturaleza está gimiendo. Toda la creación está gimiendo, el Espíritu gime, nosotros gemimos. ¿Por qué? Por "la redención de nuestro cuerpo" (Romanos 8:23). Nuestros cuerpos han de ser cambiados. Hemos de ser glorificados con Cristo. Así como Su cuerpo fue glorificado de la misma manera nuestros cuerpos han de ser glorificados en El. "He aquí os digo un misterio, todos ciertamente no dormiremos, mas todos seremos transformados, en un momento, en un abrir de ojos, a la final trompeta; porque será tocada la trompeta y los muertos serán levantados sin corrupción y nosotros seremos transformados. Porque es menester que esto corruptible sea vestido de incorrupción, y esto mortal sea vestido de inmortalidad. Y cuando esto corruptible fuere vestido de incorrupción, y esto mortal fuere vestido de inmortalidad, entonces se efectuará la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte con victoria. ¿Dónde está, oh muerte tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria? Ya que el aguijón de la muerte es el pecado y la potencia del pecado, la ley, Mas a Dios gracias, que nos da la victoria por el Señor nuestro Jesucristo" (1ª Corintios 15:51-57)

¡Nos estamos encaminando hacia los más estupendos acontecimientos en la historia de la raza humana!

Entonces ya no seremos dogmáticos. No discutiremos sobre la interpretación de la verdad dispensacional. Como cristianos nos corresponde ser tolerantes en cuanto a la interpretación de las Escrituras concernientes al futuro. Algunos creen que la sombra de la Gran Tribulación ya está sobre nosotros, y que podemos ser arrebatados en cualquier momento. Otros dicen que el evento no ocurrirá en muchos años. Lo cierto es que nadie lo sabe sino solo nuestro Padre en los cielos. Sin embargo, una cosa está clara: hemos de ser participantes de la venida de Cristo. No hay nada que le acontezca a Él y que no nos toque a nosotros. Todavía hemos de participar en una medida colmada de los frutos de la redención. Seremos semejantes a El porqué le veremos tal como El es.

Nosotros reinaremos con Él. El manantial de vida, que procede del trono y del Cordero, y que desemboca sobre nosotros de manera que aún ahora hace posible que ríos de agua viva corran de nuestro interior, algún día va a desbordarse de modo que la muerte será literalmente absorbida en victoria. Nuestra ascensión con Cristo no será meramente en espíritu como lo es ahora; nuestra participación en la ascensión florecerá en su verdadero esplendor y brillaremos para siempre como el sol en el reino de nuestro Padre. "Y oí como la voz de una grande compañía, y como el ruido de muchas aguas, y como la

voz de grandes truenos, que decía: Aleluya, porque reinó el Señor nuestro Dios Todopoderoso. Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria; porque son venidas las bodas del Cordero, y su esposa se ha aparejado Y le fue dado que se vista de lino fino, limpio y brillante, porque el lino fino son las justificaciones de los santos. Y él me dice, Escribe: Bienaventurados los que son llamados a la cena del Cordero. Y me dijo: Estas palabras de Dios son verdaderas" (Apocalipsis 19:6-9).

¡Oh!, que el Señor nos dé un corazón para hacer los debidos preparativos para la participación en el cumplimiento y acabamiento final de la historia de Cristo. Puesto que hemos sido hechos participantes de la muerte de la Cabeza Suprema de la nueva raza y en Él hemos sido resucitados y sentados en espíritu en los lugares celestiales, así en ese evento sublime hacia el cual se mueve la iglesia, la cena de las bodas del Cordero, será una fiesta para nosotros. ¡Gracias a Dios por su don inefable!

CAPÍTULO 11

Un caso típico

El valor de cualquier principio en el área de religión y de ética sólo puede determinarse por los resultados aplicados a la vida práctica. La felicidad humana debe ser la norma de medida. ¿Hay en él verdadera dinámica para el ennoblecimiento de la vida, y para el cumplimiento de las más profundas aspiraciones del hombre?

Cuando aplicamos esta norma al principio de la participación en lugar del de imitación, en nuestra relación con Cristo, nuestra aspiración de que la vida cristiana debería de ser vivida de acuerdo al primero, recibe una confirmación que no deja lugar a dudas.

En mis estudios de joven y por muchos años, he sido un gran amante de las biografías, recientemente he llegado a un ejemplo al que llamaré un caso típico, en la experiencia de Hudson Taylor. Un cuidadoso estudio de su vida y obra nos llevará a la conclusión de que fue uno de los más grandes misioneros de la historia. Sus logros fueron realmente colosales. En el tiempo en que el interior de China estuvo cerrado para los extranjeros y cuando la ignorancia, el fanatismo y los prejuicios raciales hacían que el aventurarse al interior de ese país fuera una decisión realmente temeraria, el doctor Taylor estableció una cadena de misiones en casi todas las grandes provincias del interior. La iglesia no recuerda una historia más asombrosa de sacrificio y de logros que aquella del humilde doctor, quien dejó los fundamentos del reino de Dios en el interior de China.

Pero Hudson Taylor no fue siempre tan victorioso ni mostró siempre esa radiante expresión de la fe, como en el último periodo de su vida. Aunque hubiera conseguido grandes logros como misionero y hubiera influenciado tremendamente a la iglesia en su país, aunque

era estimado como hombre de Dios y reverenciado por los líderes cristianos de muchos países, aun así, en sus cartas a los seres queridos, volcaba la angustia y pena de su corazón, el dolor de su alma secreta sobre el hecho de su pobreza espiritual. Se consumía por anhelos secretos. Como Pablo, exclamaba: "Miserable de mí ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?" El anhelaba ser victorioso sobre el pecado; luchaba y agonizaba. A pesar de todos sus esfuerzos, el pecado como principio, seguía dominándole; el Salvador no era para él más real de lo que había sido antes; en el verdadero sentido de la palabra, no podía sobreponerse a estos problemas. Si hubo alguien que quisiera e intentara imitar al Maestro, ese hombre era él. Pero todo era en vano.

En 1869 tuvo lugar un gran cambio. Fue algo tan radical, tan completo, tan asombroso, que los compañeros de labor de Hudson Taylor muy pronto se percataron de lo que estaba ocurriendo. Una marea de vida divina cubrió la misión. Había acaecido un cambio tan notable, que en todas sus actitudes, su correspondencia, su vida de oración y sus propósitos más íntimos. Brillaba potencialmente una nueva y radiante luz.

A continuación cito parte de una carta de Mr. Judd: "El ahora estaba gozoso, era un cristiano feliz y radiante. Antes había estado cansado y cargado y su alma no tenia descanso. Pero ahora descansaba en el Señor y dejaba que El hiciera la obra, lo que hace la gran diferencia. Siempre que hablaba en las reuniones después de esa experiencia, era como si un nuevo poder fluyera de sus labios y en las cosas prácticas de la vida, estaba poseído de una nueva paz. Las dificultades ya no le preocupaban como antes. Ponía toda su ansiedad sobre Dios, en una nueva forma dedicaba más tiempo a la oración... de él ciertamente fluía el agua viviente para dar de beber a los demás."

"Cuando fui a darle la bienvenida, escribía Mr. Judd, él estaba tan lleno de gozo que casi no le salían las palabras. Casi no podía decir "¿cómo está usted?", pero caminando a lo largo de la habitación, con sus manos detrás, exclamó: "Oh, señor Judd, Dios ha hecho de mi un nuevo hombre. Todavía tiemblo de emoción, pero confío firmemente en Él". Pero... ¿cómo se efectuó este gran cambio? He aquí parte de una carta que escribió a su hermana el 17 de octubre de 1869... "En cuanto al trabajo, mi labor nunca ha sido tan profusa, tan responsable o tan difícil; pero el peso y el esfuerzo han desaparecido. Este último mes fue quizás el más feliz de mi vida; y deseo decirte algo de lo que el Señor ha hecho por mi alma.... Quizá seré más claro si voy un poco atrás en mi historia... Mi mente ha estado muy ocupada en los últimos seis u ocho meses, sintiendo la necesidad personal y misionera de más santidad, más vida y poder en nuestras almas. Pero la necesidad personal ocupaba el primer lugar y era la mayor y más urgente. Sentía la ingratitud, el peligro y el pecado de no vivir más cerca de Dios. Oraba, agonizaba, luchaba, ayunaba, hacia resoluciones, leía la Palabra de Dios mas diligentemente, buscaba más al Señor en oración, pero todo ello sin ningún efecto. Cada día, y casi

cada hora, la conciencia de pecado me oprimía grandemente... cada amanecer traía consigo el registro del pecado y del fracaso, así como también de falta de poder.... Entonces vino la gran pregunta. ¿No hay acaso un rescate para esta situación? ¿Debo seguir así hasta el final; en un constante conflicto y derrota en lugar de victoria? ¿Cómo podría yo predicar con sinceridad que aquellos que reciben al Señor Él les da el poder de ser hijos de Dios (lo cual quiere decir semejantes a Él), si esa no era mi propia experiencia? Llegué a odiarme a mí mismo. Odiaba mi pecado; pero ni aún así conseguía fuerzas para luchar contra él. Sentía que era un hijo de Dios; Su Espíritu decía en mi corazón "Abba Padre", pero en cuanto a poseer mis privilegios de hijo, estaba muy lejos de alcanzarlo.

"Durante todo ese tiempo yo estaba seguro de que en Cristo se hallaba todo cuanto podía necesitar, pero la pregunta era ¿cómo llegar a poseerlo? Yo sabía que en la raíz se hallaba el alimento, pero, ¿cómo hacer para que circulara a través de mi pequeña rama? A medida que la luz comenzó a inundarme, vi que la fe era el único requisito, el único medio por el cual podía extender mi mano a Su plenitud y tomar de allí todo cuanto necesitara y hacerlo mío propio. ¡Pero yo no tenía esa fe! Luché por conseguirla, pero no venía; traté de ejercitarla, pero todo en vano. Cuanto más me daba cuenta y veía la plenitud y las riquezas en Cristo, mi inutilidad y sentido de culpa iban creciendo aceleradamente. Los pecados cometidos a diario parecían nada comparados con el pecado de incredulidad que era su verdadera causa, el cual no permitía que tomara a Dios en Su Palabra, sino más bien estaba haciendo a Dios mentiroso. Yo sentía que la incredulidad era el pecado más condenable en toda la tierra, y aún así yo lo estaba indultando....

"Cuando la agonía de mi alma alcanzó el cenit, una frase en una carta del querido McCarthy fue usada para hacer caer las escamas de mis ojos, y el Espíritu de Dios reveló la verdad de mi unidad con Cristo como nunca antes yo la había conocido, McCarthy, quien había sido ejercitado en el mismo sentimiento de fracaso y que vio la luz antes que yo, escribió: "¿Cómo conseguir que la fe se fortalezca? “No luchando tras ella, sino descansando en Aquel que es fiel". A medida que seguí leyendo me di cuenta de todo. "Aunque fuéremos infieles, El permanece fiel." Miré al Señor Jesús y vi (y cuando lo vi, oh, qué gozo sentí) que Él había dicho: "Nunca te dejaré." ¡Ah!, aquí hay descanso, pensé. He luchado en vano por descansar en Él. Pero ya no lucharé más. Él ha prometido morar en mí.

"Pero esto no fue todo lo que El me mostró, ni siquiera la mitad. Cuando pensé en la vid y los pámpanos, el Espíritu Santo derramó una luz inigualable directamente sobre mi alma.... Vi no solamente que el Señor nunca me dejaría, sino que yo era un miembro de Su cuerpo, de Su carne y de Sus huesos. La Vid, no es meramente la raíz, pensé, sino que lo es todo, raíces, tronco, ramas, brotes, hojas, flores, fruto, y el Señor Jesús no es sólo eso; Él es también la tierra y el sol, el aire y la lluvia y diez mil veces más de lo que nunca hayamos podido soñar,

esperar o necesitar. ¡Oh, el gozo de ver esta verdad! Es mi oración que los ojos de tu entendimiento puedan ser iluminados, para que puedas conocer y disfrutar las riquezas que se nos dan libremente en Cristo."

Y ahora viene la parte más directa sobre el asunto:

¡"Oh, mi querida hermana, es maravilloso ser uno con el Señor resucitado y exaltado; ser un miembro de Cristo! Piensa en lo que ello involucra. ¿Puede Cristo ser rico o pobre? ¿Puede acaso tu mano derecha ser rica y tu mano izquierda ser pobre? ¿Puede tu cabeza estar bien nutrida mientras tu cuerpo se muere de hambre? Piensa en el significado de todo esto en oración. ¿Puede el empleado de un banco decir a un cliente: "El que escribió el cheque fue sólo su mano, pero no usted", o "yo solamente puedo pagar esta suma a su mano, pero no a usted?" Tampoco nuestras oraciones podrán recibir descrédito si son ofrecidas en el nombre de Jesús (no solamente por Sus meritos, sino basándonos en que somos parte de Su cuerpo).

"Lo más dulce de todo, es el descanso que trae la completa identificación con Cristo. Ya no estoy ansioso por nada... puesto que sé que Él puede llevar a cabo Su Voluntad y Su voluntad es mi voluntad. No importa dónde Él me coloque o en qué condiciones. Esta consideración le pertenece a Él y no a mí. Para las posiciones más fáciles, El me da Su gracia, y para las más difíciles, Su gracia me es suficiente. Para mi sirviente no le hace casi diferencia alguna el que yo le mande a comprar unas cosas que valen pocos centavos o bien los artículos más caros y excelentes. En ambos casos él necesita de mí para que le dé el dinero y todo lo que hace es traer lo que le mande. Así que, si Dios me coloca en gran perplejidad, ¿no me dará también suficiente guía? Si es en una posición de gran dificultad, ¿no me cubrirá con Su gracia? Si en circunstancias de gran presión y prueba, ¿no me concederá Su fortaleza? Sus recursos son míos, porque El es mío... todo esto se desprende de la maravillosa unidad del creyente con Cristo.

"Yo no soy mejor que antes (quiero decir, no estoy luchando para serlo), pero estoy muerto y sepultado con Cristo, y también resucitado y ascendido juntamente con El; y ahora Cristo vive en mi, "y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amo y se entregó a Si mismo por mí". Ahora creo que estoy muerto al pecado. Dios lo reconoce así y me dice que yo también debo hacerlo. El sabe mejor, toda mi experiencia pasada puede haber demostrado que no era así, pero me atrevo a decir que ya no es así ahora, porque El dice que si lo es. Siento y sé que las cosas viejas han pasado. Sigo siendo capaz de pecar, pero, como nunca antes, ahora me doy cuenta de la presencia de Cristo. El no puede pecar y puede guardarme de pecar, No puedo decir (y siento tener que confesarlo) que desde que he visto esta luz, no he pecado nunca más; pero siento que ya no había ninguna necesidad para que yo lo hiciera. Y más aún, a medida que camino en la luz, mi conciencia se ha vuelto cada vez más tierna; el

pecado ha sido confesado instantáneamente y perdonado y la paz y el gozo (con humildad) han sido inmediatamente restaurados...".

He citado una considerable porción de la correspondencia del hermano Taylor, porque su experiencia ilustra de forma tan notable la incalculable diferencia que hace este principio de la identificación. Este hermano ha sido un creyente muy cargado, pero se ha convertido en un cristiano gozoso y triunfante. Antes había peleado y agonizado en la energía de la "vieja vida" para ser como Cristo, sólo para experimentar al final más desazón y desespero. Por último se da cuenta de su posición de identificación con Cristo en Su muerte y resurrección, y de allí emerge un nuevo hombre, quien ya no sirve más en forma mecánica, por un mero sentido del deber, sino de manera espontánea, desde la vertiente interior de una nueva vida celestial. Este es un caso típico. Si el doctor Taylor hubiera querido escribir algo que ilustrara los capítulos de este libro, no habría podido redactar nada mejor.

La aprehensión de este principio de identificación con Cristo en Su muerte y resurrección, revolucionó la vida y obra de un gran pionero en las misiones modernas. Y siempre que esta doctrina sea debidamente asimilada y puesta en práctica en la vida del cristiano, la consecuencia será los mismos resultados gloriosos que acabamos de leer en esta parte de la biografía de Hudson Taylor. La derrota deberá ceder el paso a la victoria; la pobreza y la decrepitud a las riquezas de gracia y plenitud de vida; la debilidad dará lugar al poder, la tentativa mecánica de imitar a Cristo será cambiada en una deliciosa espontaneidad en la participación de su vida divina; el sentido de insuficiencia para la vida y servicio, en una suficiencia total con el Cristo Todopoderoso. Habrá un feliz cumplimiento de las promesas, como nos dice el noveno capítulo de 2ª Corintios: "Poderoso es Dios para hacer que abunde en vosotros toda gracia; a fin de que, teniendo siempre en todas las cosas todo lo que basta, abundéis para toda buena obra."

CAPÍTULO 12

La influencia de esta posición sobre la iglesia, las misiones y la oración.

1. Su influencia sobre la iglesia.

No podemos negar que la posición que hemos estado considerando es revolucionaria en lo que se refiere a ajustes radicales en todas las fases de la vida cristiana. Como nunca antes, "las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas". El creyente se convierte en una "nueva criatura", habiendo terminado con la vieja vida mediante la cruz de Cristo, Una participación más profunda en el

Calvario, resulta en una participación más plena en el poder de la resurrección.

Se espera, por tanto, que una posición tal, afectará grandemente la relación del creyente con la iglesia. Su relación a la verdadera iglesia, la cual es el cuerpo místico de Cristo, se vuelve tan profunda y tan real, que el creyente se siente en alguna manera separado de la iglesia visible y de su organización (quizá debiera decir de su desorganización) por parte del hombre. Al morir a la "vieja vida" naturalmente muere a todo aquello que esta nutrido y alimentado por “la vida del yo". Esto significa que la iglesia misma, vista como organización visible, en los aspectos en que esté fuera de la línea con el Espíritu Santo, puede dar lugar a la "vida carnal", la cual se expresa en luchas, distinciones de clases, doctrinas falsas, etc. Por lo tanto, ya no constituye un lugar o punto atractivo para aquel creyente que ha renunciado definitivamente a la "vida del yo" con todos sus artificios y engaños. Las ligaduras que ahora le atan a Cristo son tan fuertes que el mismo se encuentra atado a aquellos que sin hacer caso de las denominaciones, están disfrutando como él de esa misma preciosa fe. Si él es, por ejemplo, un metodista, puede encontrarse muy cómodo con la presencia de bautistas, hermanos o creyentes de otras iglesias y experimenta una unidad espiritual tan profunda como preciosa, con aquellos de otras organizaciones cristianas que han sido arraigados en Cristo. Ya no se trata de un asunto de procedencia eclesiástica, sino de vida. Una vez que la marea de la vida divina se eleva lo suficiente (y está rebosando en todos los aspectos en aquellos que han aprendido a permanecer con Cristo en Su muerte y resurrección), sencillamente barre con todas las barreras eclesiásticas. La poderosa pared de las sectas desaparece.

Uno no puede tener conciencia de una profunda unidad con Cristo en su muerte y resurrección, y no tenerla con todos aquellos que han recibido el mismo influjo de vida celestial, cualquiera sea su denominación. Uno no puede ser miembro de cierta familia y no sentir lazos de amor y parentesco hacia los demás miembros de dicha familia.

Esto no significa, por supuesto, que no podamos tener nuestras preferencias; pero, quiere decir que cesamos de ser bautistas, presbiterianos, metodistas, etc., igual que no tengamos en cuenta primero el ser americanos, franceses o ingleses, sino nuevas criaturas. No estamos tratando de buscar una unidad orgánica. Tal tipo de unidad nunca traería como consecuencia aquella de la cual estamos hablando, tampoco las diferencias denominacionales, una vez existentes, podrán disolverla.

Estamos sentados con Cristo en los lugares celestiales y desde ese baluarte miramos por sobre la vida. Conscientes de estar libres de sus divisiones y contiendas. Los prejuicios raciales ya no pueden afectarnos. Las distinciones de clase han sido barridas para siempre. Los fanatismos sectarios ya no pueden ganar nuestra simpatía. La gran fuerza discordante del universo madre de todo pecado, ha sido llevada

a cero, en lo que a nosotros concierne. La cruz de Cristo ha creado para nosotros un universo nuevo y armonioso. Nuestro amor (el amor de Cristo que nos constriñe) fluye en anhelos simpatéticos para el bienestar de todos los hombres. "Cuán hermosos son tus amores, hermana, esposa mía!", dice el Amado de Cantares, que es Cristo.

En cuanto a las ceremonias de la iglesia, cesamos de descansar en ellas. No quiero decir que cesemos de adherirnos a las formas de culto de nuestra iglesia particular, puesto que tienen su lugar. Los medios de la gracia siempre serán esenciales. Al decir que cesamos de descansar en ellas, quiero dar a entender que ya no miramos meramente a la forma exterior sin pensar profundamente en el significado interior. Por ejemplo, el bautismo no es sino un procedimiento divinamente instituido, significando la renovación interior. En el bautismo "somos sepultados juntamente con Él para muerte... para que como Cristo resucito de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida" (Romanos 6:4). El bautismo señala el camino de la participación espiritual del creyente en la muerte de Cristo, y simboliza su resurrección con El. (Pero si esta unión espiritual nunca se hubiera realizado sin una rendición completa e irreversible a Cristo nunca podría ser) ¿nos atreveríamos acaso a descansar o darnos por satisfechos solarmente con las formalidades exteriores? Si, como Pablo dice, una sola violación a la ley hace que la circuncisión del judío sea incircuncisión, ¿no aceptaremos el hecho de que la violación del cristiano a los principios de unión con Cristo hace que su bautismo sea igualmente vacio? "El espíritu es el que da vida, la carne para nada aprovecha." ¿Estaría contenta una novia simplemente con su anillo, su vestido blanco, la pompa de la ceremonia, si su esposo en lugar de vivir para ella amara a otra mujer? ¿No tendría derecho de exigir compañerismo fidelidad, amor, pureza, en una palabra, unidad de espíritu? ¿Estaría satisfecho el Novio Celestial con ceremonias, formas exteriores y símbolos vacíos si no somos suyos en espíritu? El nos tomo consigo en la cruz para aniquilar para siempre la vida del “yo", y todo lo que se interpusiera entre Él y aquellos de Su familia, para poder unirnos en matrimonio espiritual. ¿Nos atreveremos a ofrecerle el elemento exterior sin la realidad del interior? "Por tanto, nadie os juzgue en comida, o en bebida, o en día de fiesta, o de nueva luna, o de sábados; lo cual es la sombra de lo por venir, mas el cuerpo es de Cristo" (Colosenses 2:16-17).

2. Su influencia sobre las misiones

Es, sin embargo, en el campo de los misioneros y las misiones donde el efecto de esta posición es más significativo. Es aquí donde más se nos ha puesto a prueba en cuanto a este principio de identificación con Cristo en Su muerte y resurrección. El resultado ha sido tan tremendamente satisfactorio y bendito, que ahora miro atrás a los años anteriores a la experiencia del poder de la cruz y los veo como tiempo perdido. Entonces yo caminaba con pasos inciertos, iba hacia una meta dudosa, empleaba armas débiles y cosechaba frutos

que no me podían satisfacer. Ahora me doy cuenta de cuanta de mi labor fue no sólo insatisfactoria, sino también dañina.

Predicaba a Cristo en el poder de un fervor "auto originado" y, en consecuencia, le mutilaba. No le daba oportunidad para revelar Su verdadero carácter. Cristo debe ser predicado en el poder de una vida cristocéntrica, poseída por El y llena de poder en El. Nunca predicaremos verdaderamente a Cristo hasta que aquel que lleva el mensaje esté de tal manera escondido con Él en Dios que ya no es el mensajero quien habla, sino Cristo hablando a través de él. El mensajero debe aprender a ocultarse a sí mismo en las heridas del Salvador, por así decirlo, y morir a su propia vida, si ha de presentar a Cristo a las almas que perecen. Ríos de agua viva deben acompañar al mensaje; el que escucha debe ser inundado por una vida divina, si es que ha de dársele la oportunidad de ver al Cristo de Dios en Su verdadera gloria. A menos que el Evangelio sea predicado con el poder del Espíritu Santo, enviado desde el cielo, no será evangelio, no importa cuán fiel pueda el predicador ser a "la letra", porque “la letra mata, mas el espíritu vivifica" (2ª Corintios 3:6).

Los líderes cristianos en todo el mundo están dolorosamente conscientes del hecho de que las misiones están pasando por una crisis en el día de hoy. La nota triunfante de hace más de medio siglo ha desaparecido. En todas las tierras donde están trabajando, los mismos misioneros confiesan que las misiones no están llevando a cabo el tipo de labor que encontramos en el libro de los Hechos.

La gran maquinaria extensiva de las misiones se mueve como nunca antes, desde que el Salvador pronunció la Gran Comisión, y ni aun así las misiones logran romper con el poder de la "vieja vida" del ateísmo. Los convertidos no son cristocéntricos, sus vidas no están llenas del poder del Señor, ni están radiantes con el gozo de la vida celestial (obras que solamente la gracia divina podría hacer por ellos). Por supuesto que hay excepciones en todos los campos misioneros, pero permanece el hecho de que mirando por sobre el mundo en general, en los países que las misiones están establecidas, el nivel espiritual auténtico es mucho más bajo hoy que en las décadas anteriores.

El quid de la cuestión está en el hecho de que no hemos exaltado la cruz. Un evangelio débil puede ganar adeptos en tierras paganas, pero nunca puede traer resultados que sean satisfactorios para el Señor, quien ha consumado la obra del Calvario a un costo incalculable. Tampoco puede enfrentarse con las poderosas fuerzas del ateísmo, romper su poder y poner la fuerza operante de la gracia redentora en su lugar. Sólo un evangelio que traiga a las almas a la experiencia de una crucifixión interior (de la vieja vida), y una gloriosa resurrección como resultado de la unión con Cristo, puede conseguir tal cosa. A menos que los convertidos experimenten una unión interior con Cristo, la cual es posible solamente sobre las bases de la cruz. Podrán luchar hasta el cansancio para imitar a Jesús y deshacerse de la "vieja vida". Esa imitación o falsificación de la vida

cristiana, tan sincera como se quiera aparentar, se romperá en pedazos bajo la presión que experimenta en las naciones paganas.

3. Su influencia en la oración

Cuando entramos a considerar la oración a la luz de la "Co-Crucifixión", como puede denominarse esta posición, hallamos que el mismo principio de la oración se halla en estas bases. La oración nada es si no hay comunión, y la verdadera comunión sólo es posible cuando la "vieja vida", que no puede tener comunión con Dios, se reconoce en el lugar que Cristo le asigno: la cruz del Calvario.

La razón por la cual muchos encuentran que la oración no les reporta satisfacciones, y que la vida de oración es tan poco atractiva, es porque han intentado entrar en los terrenos celestiales de la oración en las fuerzas del "viejo hombre". El "viejo hombre" no puede esgrimir esta clase de armas, que no son carnales, "sino poderosas en Dios", así como tampoco puede "amar a sus enemigos", "estar siempre gozoso" o cumplir alguna otra gracia cristiana. El viejo hombre puede imitar estas gracias, pero nunca poseerlas, pues ellas son "el fruto del Espíritu". Vienen de arriba. Son las obras de la naturaleza de Cristo impartida al creyente e incorporadas en su ser sobre las bases de la cruz.

La verdadera oración sólo puede instaurarse sobre la base de la "co-crucifixión". Esta es la primera condición. "Si estuviereis en Mí y Mis palabras estuvieren en vosotros, pedid todo lo que queréis y os será hecho" (Juan 15:7) Debemos estar en Cristo. Pero no podremos estar en Cristo en todo el sentido de la palabra, sin que sometamos nuestro yo a muerte en el poder de la muerte del Salvador (en la mente de Dios es un hecho consumado, hemos sido ya crucificados juntamente con Cristo).

Es cuando nos damos cuenta de nuestra unidad con Cristo en Su muerte y resurrección, que la oración se convierte en aquella fuerza maravillosa como lo fue en la vida del Salvador; la dinámica invencible que se revela en el libro de los Hechos; y la inefable experiencia de tantos santos en todas las edades. Es entonces que nuestros espíritus, liberados por el poder de la cruz de las ataduras carnales y del alma, "toman alas como de águilas". Es allí cuando la comunión con Aquel infinitamente adorable que habita en la eternidad llega espontánea y naturalmente a su máxima expresión. Es entonces que las palabras. "Orad sin cesar" dejan de ser un mandamiento incomprensible, porque el espíritu liberado de la opresión satánica y de la tiranía de la "vida carnal" por medio de los beneficios de la victoria del Calvario, se eleva para tomar su lugar en los lugares celestiales con Cristo, donde la oración es la continua respiración de la vida de Dios. Es entonces que la oración, dinamizada por el Espíritu del Dios viviente (lo cual no puede tener lugar hasta que se vea libre de todos los ingredientes carnales y egoístas), se vuelve a veces un gemido indecible que puede mover montañas y alcanzar lo imposible. Es también cuando la oración se convierte en un obrar de la voluntad

de Dios y por lo tanto, ha de prevalecer, sean cuales fueren las dificultades existentes o lo importante y urgente de tal necesidad. Entonces la disparidad entre lo que el Maestro dijo y lo que consigue la oración, cosa tan lamentable y común en la práctica de millones hoy día, es quitada, y la oración se abre como un capullo en toda la gloria de su verdadera naturaleza.

Mirando la oración a la luz de la cruz y de nuestra participación en la muerte y resurrección del Salvador, nos explicaremos el porqué de los logros de algunos varones de oración en la historia de la iglesia. Hudson Taylor y unos pocos de sus compañeros oraron para que la China tuviera unos mil obreros, con el resultado que el Señor no les dio mil, sino mil ciento cincuenta y cuatro obreros, George Muller, de Bristol, recibió millones de dólares para su orfanato en respuesta a sus oraciones, David Brainerd oró incansablemente en los bosques de Nueva Inglaterra por un avivamiento, no sólo entre sus amados indios, sino también por las almas a través de todo el mundo, y así nació, de acuerdo con los historiadores dedicados a las misiones, el primer factor de liderazgo en la era de las misiones modernas. Tales logros son comunes en la vida y obra de aquellos que han conocido al Señor Jesús y el poder de Su resurrección; y que, como Pablo, han tenido participación en Sus sufrimientos y han sido hechos "en conformidad a Su muerte" (Filipenses 3:10).

¿No podrá ser que la gran ruina y crisis mundial, con sus agonías económicas y morales, que han envuelto a las naciones en la oscura nube del pesimismo, se deba, después de todo, a esta caducidad espiritual de la iglesia? La iglesia es la agencia divina para la redención de las naciones. La influencia de la verdadera iglesia viviente de Cristo sobre el mundo es decisiva y preponderante. El grito de angustia de hoy, como lo ha sido en todas las edades, es la expulsión del monstruo del egoísmo de los corazones de los hombres y la libre circulación del gran amor de Cristo a través de las naciones. No hay otra salvación para el mundo ni otra esperanza para el alma del individuo.

¿No daremos paso entonces a un cristianismo puro? Cristo no puede poseernos y hacer brotar de nuestro interior ríos de agua viva como ha prometido, a menos que estemos dispuestos a ser despojados de nuestra vieja vida. Cristo no levantará sus edificios sobre los cimientos del egoísmo y la "vida del yo". No se trata simplemente de negarnos ciertas cosas; sino de una completa renuncia a nosotros mismos. Cristo nos llevó consigo a la cruz. La "vida adámica" fue aniquilada en el Calvario. ¿No seremos capaces de responder con un rendimiento gozoso a ese maravilloso Salvador, quien fue colgado voluntariamente entre dos criminales, quien soportó la burla y el escarnio de la turba, y quien fue muerto por nuestros pecados e iniquidades?

El desea que compartamos Su cruz y que nos divorciemos de nuestra mente carnal, la cual es enemistad para con Dios. Esto solo puede efectuarse por medio de la participación en Su propia muerte.

Hemos sido bautizados en su muerte (Romanos 6:3). Si somos seguidores de Cristo, entonces Su muerte al pecado es nuestra muerte al pecado. Su resurrección, nuestra resurrección; Su victoria, nuestra victoria; Su ascensión, nuestra ascensión. Dios nos dice que somos más que vencedores.

"Y a aquel que es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría, al único y sabio Dios, nuestro Salvador, sea gloria y majestad, imperio y potencia, ahora y por todos los siglos. Amén." (Judas 24-25)

FIN